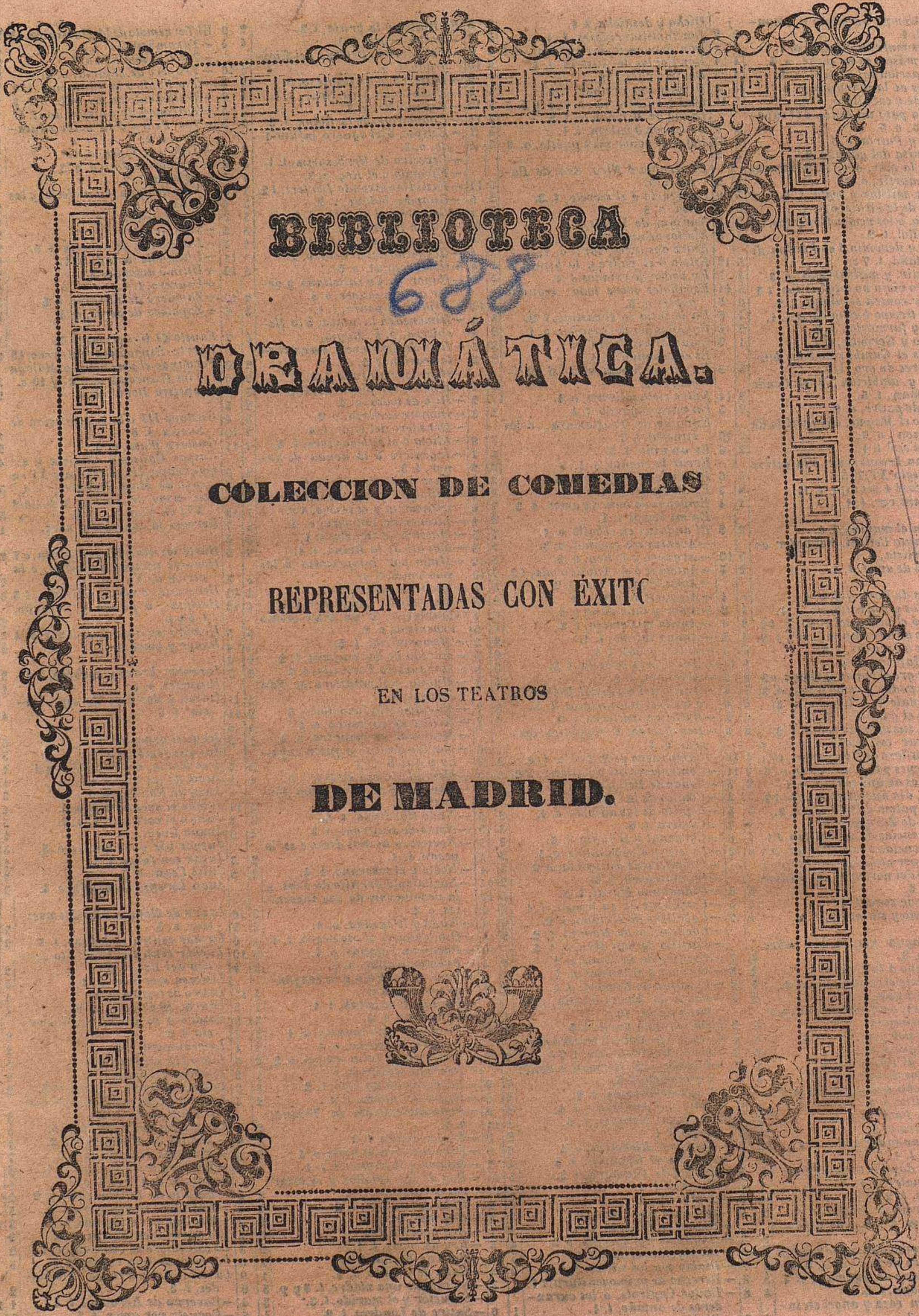


807

5



BIBLIOTECA

688

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





PERDON Y OLVIDO.

Drama en cinco actos y en prosa, arreglado del francés por D. Joaquin Perez Pló, representado con aplauso en el teatro de la Cruz, el 12 de enero de 1855.

PERSONAS. ACTORES.

EL GENERAL BERNARD..... D. Julian Romea.
 MARTA DUVAL..... Doña Josefa Palma.
 ELENA DE BEAUFERRAND.. Doña Amalia Gutierrez.
 VICTOR..... D. Elias Aguirre.
 EDGARDO DE BUSSIERES... D. Florencio Romea.
 GASTON DE MONTCLAR..... D. J. Bermonet.
 MARCIAL..... D. Antonio Pizarroso.
 EL BARON DE TOURVILLE.. D. Lázaro Perez.
 UN YACAYO..... D. F. Solans.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el jardín del general Bernard. A la derecha del público un bosquecillo con un banco debajo. A la izquierda un pabellón, cuya puerta está enfrente del cenador, y que se abre sobre unos escalones. Debajo de la ventana del pabellón, que está frente al público, y será practicable, se vé un gran rosal estropeado: ramas rotas y hojas de rosas estan esparcidas por el suelo. En el fondo el muro del jardín con una verja en medio, que dá entrada.

ESCENA PRIMERA.

VICTOR, examinando el rosal.

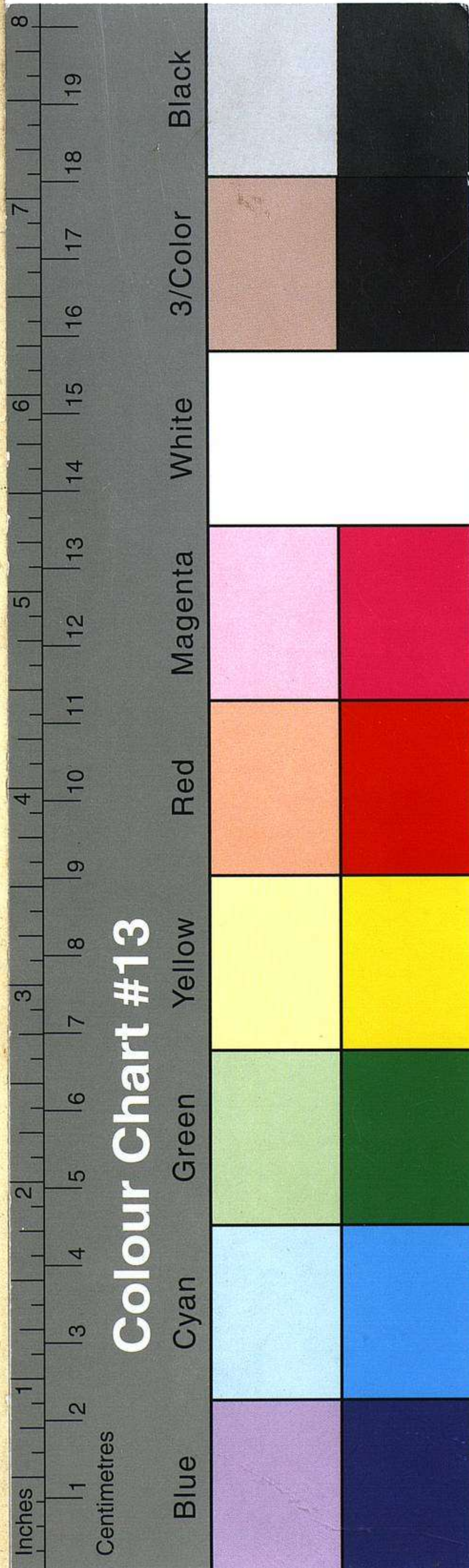
Qué desórden! Estas ramas parecen haber sido rotas recientemente... Qué causa habrá podido motivar?...

ESCENA II.

VICTOR, MARCIAL.

MAR. Buenos días, señor Victor.
 VIC. Ah! eres tú, Marcial? (sin dejar de mirar al rosal.)
 MAR. Qué os ha llamado la atención ese desórden? No ha sido nada; un galopin, que ha caido encima al salir un poco de prisa por esa ventana esta noche. Eso es todo.
 VIC. Cómo! Al salir por la ventana de ese pabellón, que comunica con el aposento de la condesa?
 MAR. Justamente. Pero tranquilizaos; la visita no era para la señora generala.
 VIC. Cómo se encontraba ese hombre á una hora tan avanzada en esta parte de la casa?
 MAR. Segun parece, es un jardinero de nuestro vecino de enfrente, que tenia que hacer varias comunicaciones á Paquita, la doncella de la señora. Como ese

mozo está ocupado de día, quiso aprovechar la noche para sus conferencias. Pero desgraciadamente para él, yo tampoco dormia, como me sucede desde hace catorce años en la noche que antecede á este día, lleno para el general y para mi de tristes recuerdos! Asi es, que lo atisé en la oscuridad. Se asustó, y huyendo aturdido, en vez de salir por la puerta, se tiró por esa ventana, aplastando con su caída ese pobre rosal. Pero ya no volverán á pasar semejantes escenas. La señora condesa, informada esta mañana del suceso, mandó llamar á su doncella, y despues de echarla una reprimenda secretamente debajo de llave, la ha plantado en la puerta con una suma de dinero, prohibiéndola volver á poner mas los pies en su casa.
 VIC. Conque la condesa se ha decidido á separarse de Paquita, su hermana de leche, de ese modo?... Una jóven que la era tan adicta!
 MAR. Como lo ois, la ha echado sin remision, sobre la marcha!
 VIC. Justicia ha sido esa bien rigorosa, y sobre todo, muy precipitada!
 MAR. Ya veis!.. hubiera podido comprometer á la señora condesa. Y la prueba es, que yo mismo al ver esta noche al individuo en cuestion me ocurrieron al punto unas ideas...
 VIC. Cuáles? (con viveza.)
 MAR. Oh! carecian de sentido comun! Yo me decia: quizás la señora condesa es demasiado jóven y demasiado noble para un ex-sargento de dragones; y ahora sobre todo, en este tiempo de restauracion, como le llaman.
 VIC. (reflexionando.) Sin duda ninguna tus sospechas eran absurdas. La esposa del conde de San Andrés no puede faltar á sus deberes, sin hacerse culpable de la mas cobarde ingratitud. Hija del arruinado marqués de Beauferrand, todo se lo debe á este matrimonio; felicidad, riqueza, renombre.
 MAR. Por Cristo, tenéis razon!.. Y si no hubiera sido por aquel maldito pistoletazo, disparado por el mismo diablo, que dejó ciego al general, de seguro seria hoy vuestra madrastra mariscal de Francia!.. (Pobre Maria! Ella si que hubiera sabido llevar este título dignamente!.. Pero despues de catorce años, nadie ha podido averiguar su paradero, y está prohibido hablar de ella delante de su hijo. Es consigna del general. Nadie debe hacer aqui mencion de la antigua canti-



Colour Chart #13

nera. Eso haría avergonzar á la señora condesa!)
(*mientras Marcial ha estado hablando, Victor ha
vuelto al rosal, y separando sus ramas, lo registra.*)

VIC. (Qué es lo que veo?). Un guante blanco. Es de
hombre... (*lo recoge.*) Sin duda lo ha perdido al caer
el amante nocturno. Por dentro tiene escrito, Ver-
dier; el guantero de la corte. Elegante es el jardine-
ro! (*la ventana del pabellon, que estaba entreabierta
se cierra con ruido.*)

MAR. Eh?... (*volviéndose.*)

VIC. (Alguien escuchaba.) Nada. (Yo sabré á quien
pertenece este guante.) (*se lo mete en el bolsillo, sube
hacia el foro.*)

MAR. Vais á salir?

VIC. Si; voy á cumplir una comision que me ha dado
el general. Parece que un registro del regimiento,
de que formaba parte como sargento en mil ochocien-
tos seis, y que se creia perdido ó quemado, ha sido
encontrado, hace algunos dias. Mi padre, informado
ayer por la tarde de este descubrimiento, me ha encar-
gado que vaya al ministerio de la guerra, para ver si
en dicho registro se encuentran informes de una per-
sona, que le interesa... de una cantinera pertene-
ciente á su regimiento.

MAR. Maria Duval?

VIC. Precisamente. Mi buen padre nunca olvida á nin-
guno de sus antiguos conocimientos. Es el protector,
el apoyo de todos los que ha conocido bajo sus ban-
deras.

MAR. Pues bien, señor Victor, tratad de adquirir con
ahinco noticias de la valiente cantinera, y Dios haga
que vos seais mas afortunado que yo, que durante
catorce años me he ocupado de ello infructuosamen-
te; si, hacedlo, porque á esa mujer le debeis...

VIC. Qué? (*se oye hablar á un criado en el pabellon.*)

CRIAO. El señor marqués de Beauferrand espera á la
señora en su carruaje.

VIC. La condesa va á acompañar á su padre á las Tu-
llerias.

MAR. Bueno; asi podré hablar á solas con el general.
Voto al demonio!.. (*viendo á Edgardo, que entra
por la verja.*) Ya tenemos aqui una visita!

ESCENA III.

Dichos, EDGARDO.

VIC. No te apesadumbres. Este es de casa. Buenos dias,
Edgardo. Cómo tan temprano por aqui?

EDG. Aunque no tan pronto, de todos modos tenia que
venir á verte. Como médico me han llamado de este
barrio, y por eso... Pero calla, me han ido á buscar
para un amigo tuyo... para ese jóven diplomático, pa-
riente de la condesa, y que he visto aqui algunas
veces.

VIC. Gaston de Montelar? Está enfermo?

EDG. Oh!.. no ha sido nada. Un accidente sin impor-
tancia. Esta mañana se ha resbalado en su casa, y al
caer se dislocó una muñeca.

VIC. Ah!.. el señor de Montelar ha dado una caída?

EDG. Si; él tenia sumo empeño en esplicármelo, pero
yo no he hecho mucho caso. Lo único que sé de po-
sitivo es, que ha caido sobre un tapiz.

MAR. Mejor es que caer desde una ventana, aunque sea
sobre rosas.

VIC. (Estraña casualidad!) Ya iré á verlo... (*cambiando
de tono.*) Pero supongo que no habrás venido sola-
mente para contarme esa noticia... Edgardo, mírame
de frente.

EDG. Y bien?

VIC. Apuesto á que teneis algo que decirme.

EDG. Bribon, tal vez hayas acertado!

VIC. De parte de tus padres?... De tu hermana quizás?..
Ten piedad de mi, habla pronto!

EDG. Un momento. Como tú te has dirigido á mi fami-
lia antes de confiarte conmigo, nada sabrás tú tam-
poco hasta despues de haber visto á tu padre. Ese se-
rá tu castigo.

VIC. Bien, me someto á él.

EDG. Me encontrarás en casa, y alli te daré parte de
mi entrevista con el general.

VIC. Convenido. Voy corriendo al ministerio; está dos
pasos de tu casa. Apresúrate, amigo mio; no me ha-
gas sufrir mucho.

EDG. (*tendiéndole la mano.*) Lo menos posible, señor
cuñado!

VIC. Ah!.. Lo que es ahora, puedo esperar tranquilo
el resto de la conferencia. (*sale por la verja.*)

ESCENA IV.

EDGARDO, MARCIAL.

MAR. A dónde vais? (*viendo que se dirige hacia el pa-
bellon.*)

EDG. A buscar al señor conde de San Andrés.

MAR. Al general?... No se puede. Va á estar ocupado...
ocupado conmigo... Si os fuera lo mismo volver un
poco mas tarde...

EDG. Es decir que te estorbo, valiente Marcial?... He
reparado que desde mi llegada tienes un semblante
contrariado... misterioso.

MAR. Naturalmente... como que hoy es el aniversario
de la primera batalla, en que me encontré al lado del
general, hace catorce años; y ademas, de otro suceso
que no tiene, por el contrario de este, nada de agrada-
ble. Aun me parece verlo, esparciendo el espanto
y el terror entre las filas prusianas, por las que pene-
traba como si fuera un rayo asolador, animando con
su ejemplo al escuadron. Desde aquel dia nunca me
he separado de él; siempre he combatido á su lado,
y mas adelante tuve el placer de recibir esta cuchil-
lada, (*mostrando una que tendrá en la frente.*) que
le iba destinada á él, y que yo paré, interponiendo mi
cabeza; si asi no hubiera sido, no hubiera llegado á
general. Yo por mi parte nunca he podido pasar de
sargento; mi instruccion se limitaba á acuchillar al
enemigo, y á seguir siempre delante, aun cuando
todos los diablos se me pusieran en frente. Pero tam-
poco deseaba otra cosa, que dar reveses á menudo, y
permanecer siempre al servicio del general. Ya veis,
todo esto gusta uno de recordárselo solo, sin testi-
gos y á sus anchas.

EDG. Tienes razon, valiente veterano. Para dos solda-
dos del imperio no hay cosa mas hermosa que recor-
dar juntos la gloria de sus heroicas campañas!

MAR. Cómo!.. Vos elogiáis?... Sin embargo, en vista
de vuestra alcurnia, todo eso no debe cuadrar con
vuestras opiniones.

EDG. Te equivocas, amigo mio. Si por mi familia per-
tenezco á la nobleza mas antigua, por mi corazon y
mis estudios soy uno de los hijos de la Francia nue-
va. Respeto todos los cultos, admiro todas las glo-
rias. Asi pues, te prometo no molestarte por mucho
rato con mi presencia.

MAR. Mirad, aqui viene el general.

ESCENA V

Dichos, BERNARD.

MAR. Buenos dias, general. Hoy es veinte y cuatro de
agosto.

BER. Si, esa fecha no se borra de mi memoria. Ella

recuerda el día mas feliz y mas desgraciado de mi vida. En él gané la charretera, y... perdí á Maria!..

EDG. (adelantándose.) Perdonadme, señor conde, si os incomodo...

BER. Pues qué, ahí estabais?... Era menester haberme prevenido; yo no puedo ver á nadie. (Marcial hace un gesto y se va.)

ESCENA VI.

BERNARD, EDGARDO.

EDG. Tengo que hablaros.

BER. Decid, doctor, no estamos solos?... Ya os escucho. (sentándose.)

EDG. Antes de todo, señor conde, para que no se me olvide, os pido permiso para presentaros un caballero, que desea veros, y tratar de un asunto con vos hoy mismo.

BER. Vuestra recomendacion me basta, señor de Bussieres. Será bien recibido.

EDG. Es un hombre riquísimo y muy caritativo, que no tiene mas ocupacion, que el hacer buenas obras... se llama el Baron de Tourville.

BER. Tourville?... Yo conozco ese nombre... fue un antiguo proveedor del ejército, que se comprometió hasta el punto de tener que espatriarse. En fin, puede que se haya enmendado... y por último, á Dios solo, y no mi, es á quien tendrá que dar cuenta del modo como ha adquirido su riqueza. Le recibiré, señor Edgardo.

EDG. Gracias, señor conde; ahora voy al objeto principal de mi visita. Se trata de Victor.

BER. De mi hijo?...
EDG. Victor ama á mi hermana Clotilde de Bussieres, y ha pedido su mano á mi familia.

BER. Sin haberme consultado?... Y la respuesta de vuestros padres...

EDG. Es ahora favorable.
BER. Ahora?...
EDG. No trataré de ocultaros, general, que he tenido que combatir en mi familia rancias preocupaciones de nobleza. Su obcecacion no les dejó comprender al primer golpe de vista, todo lo que nos honraba la alianza de nuestra familia con una de las glorias del Imperio.

BER. Luego consienten?...
EDG. Aceptan por yerno al heredero legítimo del conde de San Andrés, sea cual fuere la condicion de la esposa, que el sargento Bernard condujo al altar en primeras nupcias.

BER. Ah!.. siempre lo habia previsto!.. Un invencible obstáculo se opone á ese casamiento, señor de Bussieres. Obstáculo ante el que todas nuestras esperanzas, todos nuestros esfuerzos irán á estrellarse!

EDG. Cuál puede ser?...
BER. El nacimiento de Victor!

EDG. Qué, su madre?...
BER. A la faz de Dios su madre era mi esposa... pero la ley no legitimó nuestra union!

EDG. Ah!.. teneis razon. Esa circunstancia cambia las cosas cruelmente. La idea de introducir en nuestra familia una mujer, que tal vez...

BER. Oh!... no prosigais!... Si el destino fatal no nos hubiera separado, ahora se llamaria condesa de San Andrés, y honraria ese nombre, yo os lo juro!..

EDG. Luego ha muerto?...
BER. Asi lo creo... Despues de catorce años de inútiles pesquisas, he creído que debe haber perecido... pero sin embargo, no tengo la prueba!

EDG. Victor nada me ha dicho de todo esto!.. Ah!... no ha obrado bien.

BER. Yo soy, señor de Bussieres, yo solo el culpable.

EDG. Vos, general!.. Oh!.. hablad, señor conde; confiadme ese secreto; tal vez quede alguna esperanza!

BER. Teneis razon, señor de Bussieres... Si, es preciso, y voy á confiároslo todo, por mas dolorosos que sean para mi tales recuerdos. La madre de Victor era hija de una noble, aunque pobre familia, que pereció en la revolucion de Francia, en el año de mil setecientos noventa y cinco. La pobre huérfana quedó encargada, siendo aun muy niña, á un venerable sacerdote, tio mio, que la quiso como á hija. Pero su proteccion nos duró poco. Mas adelante la revolucion persiguió hasta los sacerdotes, y mi tio, fue sentenciado á muerte...

VIC. Pobre anciano!..
EDG. Un dia vinieron á prenderlo... Maria tenia abrazado estrechamente al pobre viejo, del que la iban á separar para siempre... «Bernard, me dijo el sentenciado, señalándome á la infeliz huérfana, ya no la queda en el mundo á nadie mas que á ti; protégela, sin separarte de ella mientras vivas!.. A tí te la confio. Pero escucha bien mis últimas palabras: nada de matrimonio entre vosotros, mientras dure la persecucion que pesa sobre la iglesia. Júrame no hacer bendecir vuestra union hasta que el arrepentimiento de los hombres vuelva á erigir los altares que ha profanado, y moriré tranquilo!..» Yo juré cuanto él quiso... y lo llevaron! Dos años despues, Napoleon me llamó á sus banderas. Era imposible velar por Maria, haciendo frente al enemigo... Conocia que era preciso partir, y no podia resolverme á dejarla... Ella fue la que me volvió la vida y el valor diciéndome: «partamos juntos; yo tengo bastantes fuerzas para seguirte por donde vayas, y sobrado valor para morir á tu lado...» y desde entonces, cansancio, peligros, privaciones... todo lo sufrió conmigo sin vacilar un instante, sin exhalar una queja!..

EDG. (conmovido.) Noble corazon!.. Proseguid, general... eso es grande, hermoso!..

BER. Ya poco tengo que deciros... Maria me siguió por do quiera hasta el veinte y cuatro de agosto de mil ochocientos seis, dia en que la perdí, hoy hace catorce años!.. Estábamos en Prusia, y se iba á dar la batalla de Jena. Una considerable fuerza prusiana nos sorprendió de pronto en el campamento, y tuve que separarme de Maria, dejándola nuestro querido hijo en los brazos. Yo no debía volver á verla! Al otro dia me fue imposible encontrar á Maria ni á mi hijo!.. Nadie los habia visto!

EDG. Cielos!.. Pobre padre!
BER. Desesperado y recorriendo las cercanías, llegué á una pequeña poblacion llamada Kerbac, donde encontré á mi hijo... pero solo... La buena muger, que lo tenia, me dijo que huyendo en compañía de otras aldeanas, pasaron cerca del sitio donde se habia dado la accion el dia anterior, y que corriendo asustadas, distinguieron una jóven tendida en el suelo á causa de una herida... Sus manos sostenian un niño, y gritaba: «Salvad á mi hijo!..» Aquella muger se compadeció y recogió el niño, volviendo á emprender su fuga con las demas compañeras.

EDG. Y Maria?
BER. Me ha sido imposible averiguar mas acerca de ella. Ya veis, señor de Bussieres, como Victor nada podia deciros. En los cortos intervalos, que nuestras guerras me dejaban para ver á mi hijo, no crei necesario instruirle de un pasado que todavia no podia com-

prender. Por otra parte, entonces no habia mas que una madre: la patria, que reconocia por hijos legítimos á todos los que la servian bien. Mas tarde no me atreví á confesar á Victor este secreto, que quizás hubiese disminuido el amor y respeto, que tributaba á la memoria de su madre. Yo queria que esa memoria permaneciese en su corazon, siempre santa y pura. Ya lo veis, la falta ha sido mia, solo mia!...

EDG. (Habeis sido muy desgraciado, señor conde, y no tengo (*se levanta.*) valor para acusaros. Corro á hacer esa manifestacion á mi familia, que creo variará sus intenciones... Tal vez no sea el obstáculo insuperable. Valor, general... (*dándole la mano.*) Todavía hay esperanza... hasta mañana. (*vase por el foro.* El general queda como sumido en sus recuerdos.)

ESCENA VII.

BERNARD, MARCIAL.

MAR. (*sale del pabellon.*) Al fin se marchó ese diablo de doctor! Pensé que no me dejaba meter baza! Ahora que está solo, cierro la verja para que no entre ni una mosca!... (*vá á cerrar á tiempo que aparece Maria.*) Otra te pego? No; pues lo que es ahora, perdone por Dios, hermana. (*queriendo cerrar.*)

MARIA. Perdonad; es aqui donde vive el general Bernard?

MAR. Aqui mismo; pero...

MARIA. Está en casa?

MAR. Es el general en persona, á quien quereis ver?

MARIA. Si, á él; y ademas...

MAR. A su muger tambien?

MARIA. Su muger! Ah! (*apoyándose en la verja.*)

BER. (*oyendo el grito.*) Quién está ahí?

MAR. Qué teneis? Dios mio! Qué veo! Esa voz... esas facciones... no; sin duda me equivoco.

MARIA. Si; y yo tambien debo estar engañada... no es verdad? El general que vive aqui... no será el general Bernard, el antiguo sargento de dragones.

BER. Cielos! Esa voz... es un sueño!...

MAR. No; con mil demonios de á caballo, no me equivoco, no; es ella!

BER. Maria!

MARIA. Bernard! (*echándose en sus brazos.*)

BER. Oh! mi corazon te ha reconocido! Maria, eres tú? Di: eres tú?

MARIA. Si, Bernard!.. Y mi hijo? Dime que mi hijo vive, y todo te lo podré perdonar.

BER. Si, Maria, vive!..

MARIA. Ah! Gracias, Dios mio!

BER. El es mi tesoro, mi orgullo, mi esperanza.

MAR. Y tambien mi ídolo, mi otro Napoleon!

MARIA. Oh! basta, basta! Me abrumba tanta felicidad! (*se sienta en el banco.*)

BER. Pobre Maria!.. Marcial, amigo mio, cuida de que nadie nos interrumpa.

MAR. Perded cuidado, mi general. (*vase.*)

ESCENA VIII.

MARIA, BERNARD.

BER. Maria!.. Al fin estás á mi lado despues de tan larga ausencia! Acércate mas... mas, mi adorada Maria!

MARIA. Bernard!.. Perdonadme, me habia olvidado de que no sois ya para mi mas que el conde de San Andrés.

BER. Maria! Deja esos títulos que nada significan, y háblame de ti, de ti solamente.

MARIA. No; primero de mi hijo! Le has hablado mucho

de su madre?... Dime; tus ojos han buscado en los suyos mis miradas?

BER. Mis ojos en los suyos! Qué, Maria, todavía no me has mirado á la cara?

MARIA. Ciego! Dios mio!.. Ciego!

BER. Si; en la campaña de Rusia, en Smolensko. Me dispararon un pistoletazo á quemarropa, y despues se acabó la luz para mi; solo quedó la noche delante de mis ojos... la eterna noche!.. Sin esta desgracia, crees tú, Maria, que hubiera consentido mi enlace? Pero el emperador no quiso que su viejo compañero de armas quedara de este modo solo, reducido al aislamiento. El mismo arregló mi matrimonio.

MARIA. Es verdad! Comprendo el respeto y el reconocimiento, que debe inspirar la muger, que te ha consagrado su vida... Ah! Para ella no es mas que un deber... para mi hubiera sido la felicidad!

BER. Oh! Si yo hubiese podido suponer que existiais todavía!.. Por qué me lo has dejado ignorar?

MARIA. Estaba lejos, muy lejos... fuera de Francia.

BER. Qué importaba? Yo no necesitaba mas que un indicio... Pero nada, nunca tuve noticias de ti!

MARIA. Ah! Yo no podia dártelas.

BER. Por qué? Durante catorce años, qué ha sido de ti?

MARIA. Despues que te alejaste de mi lado, para rechazar á los prusianos, dejándome á nuestro hijo, me apresuré á ponerlo en un sitio mas seguro, porque los tiros de fusileria se acercaban cada vez mas. Corrí á guarecerlo en un bosque cercano; pero al ir á entrar en él, sonó un disparo, y al mismo tiempo sentí en el hombro un choque violento... era una bala, que me habia herido... continué mi camino, hasta que agotadas mis fuerzas por la pérdida de sangre, que de mi herida brotaba, caí desfallecida, implorando al cielo que socorriera á mi hijo. Dios sin duda me oyó; al poco rato pasaron cerca de mi algunas mugeres... reuní todas mis fuerzas para llamar su atencion, y deposité en las manos de una de ellas nuestro hijo, perdiendo en seguida el conocimiento!..

BER. Pobre Maria! Siempre animosa!.. Y despues?

MARIA. Cuando recobré la razon, me encontré en la aldea de Sielsberg, en casa de una honrada posadera, llamada Muller. Un aldeano me habia encontrado en el bosque, exánime al otro dia de la batalla, y me condujo á casa de esta pobre muger, que compadecida, me alojó en su mismo cuarto, y mandó buscar un médico. Mi herida no era peligrosa, y se cicatrizó pronto. Pero la calentura me causó un delirio, que durante quince dias, nada me dejaba comprender!.. Solo conservaba una cosa en mi memoria: el nombre del pueblo y de la muger que se habia llevado á mi hijo. Mi hijo, de quien no sabia nada hacia quince dias!.. Despues... yo no puedo... no puedo decirte mas... sino que en el espacio de catorce años he llorado y padecido mucho!

BER. Pero...

MARIA. No preguntes mas, Bernard.

BER. Maria, alguna desgracia terrible se ha interpuesto en tu camino.

MARIA. No hablemos de mi desgracia, la tuya es mayor todavía, porque no puedes mas que oír al hijo que tú me has conservado... y yo voy á verlo!..

BER. Si, Maria, si, vas á verlo. Pronto volverá. Y á su regreso podras juzgar si no estabas siempre presente en mi memoria! Porque es de ti de quien se ocupa en este instante. Mas escucha, Maria, sé prudente... Cuando Victor se presente delante de ti!..

MARIA. Dios mio! No me cansaré de besarlo.

BER. Por piedad, detén el impulso de tu corazon...

Trata de ahogar ese grito supremo del amor maternal! Por que aqui, Maria, no tengo libertad para decir en alta voz: «ese es tu hijo.» En esta casa no tienes derecho para ser madre, pobre muger! Si la condesa de San Andrés llegara á saber los lazos que nos unen, se ofenderia con tu presencia; y yo no puedo darle el ejemplo del escándalo, si quiero exigir que sea fiel guardiana de mi honor.

MARIA. Y qué, acaso pretendéis, señor Conde, que pase como una desconocida á los ojos de mi hijo?

BER. Oh! No, Maria. Tú te darás á conocer... pero donde nadie pueda oiros... fuera de esta casa. Este sacrificio te lo pido en nombre de mi reposo, de mi desgracia! (Maria no responde, ocupada en mirar á Victor, que acaba de entrar.)

ESCENA IX.

Dichos, VICTOR.

MARIA. Ese jóven... si fuera él!

BER. Qué tienes, Maria? Tiembblas?... (cogiéndola la mano.)

VIC. Ah! estais ahí, padre mio!

MARIA. Ah! El es! (ahogando un grito.)

BER. (Si... pero silencio!) (á Maria.)

MARIA. El es! (mirándole con gozo.)

VIC. Veo que estais ocupado... volveré después... (yéndose.)

MARIA. Oh! Detenle por piedad! (bajo á Bernard.)

BER. Victor, puedes hablar delante de esta señora; no es ninguna desconocida... es una antigua amiga.

MARIA. Acaba... acaba... (ap. los dos.)

BER. (Después... tú misma le dirás: yo soy tu madre!) Ayer por la tarde te encargué una diligencia, Victor.

VIC. Vengo de cumplirla, padre mio.

BER. Y ese registro?

VIC. Os han dicho la verdad; existe, y os traigo los informes, que deseabais, tocantes á la cantinera llamada Maria Duval.

MARIA. (Oh! Dios mio!) (aterrada.)

BER. (ap. á Maria.) Ya ves como no te he engañado. Pensábamos en tí... Y esos informes... (á Victor.)

VIC. Temo que os sean desagradables. Resulta de una nota, que yo mismo he visto, que el quince de Setiembre del año mil ochocientos seis, Maria Duval fué presa en Prusia, en la aldea de Sielsberg, y sentenciada en la misma á prision perpétua por robo.

BER. Sentenciada por robo! Ella, Maria! Oh! mentira!

VIC. Un coche ha parado. (subiendo al foro.)

MARIA. (bajo.) Bernard, es menester que te hable.

BER. Si, si, es preciso.

VIC. (volviendo.) Es la Condesa, que vuelve de las Tullerías.

BER. Bien; sal á su encuentro, y si pregunta por mi, vuelve á decírmelo.

VIC. Está bien, padre mio! (Qué conmovido está! Sin duda conocia mucho á esa Maria Duval.)

(Vase y Maria le sigue con los ojos hasta que se oculta en el pabellon, y no pudiendo contenerse, quiere lanzarse detras de él. Bernard, que ha adivinado la lucha de su corazon, la detiene poniéndola la mano sobre el hombro,)

ESCENA X.

BERNARD, MARIA.

BER. Maria!.. Tú eres inocente, y podrás probarlo, no es cierto?

MARIA. Ah! no puedo probar nada!

BER. No te ha deshonrado una sentencia?

MARIA. Si.

BER. Pero al menos, ya no estarás bajo el dominio de la ley?

MARIA. Siempre, Bernard.

BER. Ah! Desgraciada! Ya no puedes decir á Victor... soy tu madre!

MARIA. Y sin embargo, estoy segura de que hay un hombre en el mundo, que podria probar mi inocencia.

BER. Un hombre, dices?... Quién?

MARIA. Aquel, cuya mano oculta ha favorecido mi evasión. Después de tantos años olvidada en un oscuro calabozo, desconocida de aquel pais extranjero, donde se pronunció mi sentencia, quien habia de acordarse de Maria Duval, ni interesarse por ella, á no ser un testigo de su inocencia, ó el autor mismo del robo, por el que estaba condenada?

BER. En efecto... Pero qué motivo, qué causas dieron margen para hacer creer que tú eras la culpable?... Cómo no se puede probar lo contrario? Habla, Maria; cuéntamelo todo.

MARIA. Yo queria guardar este secreto en el fondo de mi corazon, por eso te lo callaba... Por otra parte, es bien poco lo que sé. Apenas restablecida de mi enfermedad, supe en casa de la buena posadera, que me habia recogido, que la aldea de Kerbac, á donde estaba mi hijo, habia sido tomada por las tropas del Emperador; pero después de haberla incendiado los prusianos en su mayor parte. Con semejante noticia, mi único anhelo era llegar cuanto antes á aquel punto... mi hijo podia haber perecido. Kerbac distaba doce leguas de Sielsberg, y conociendo que mi débil estado no me hubiera permitido andar tan largo espacio, traté de que me condujesen, pero me pedian una suma, considerable para mi, que nada tenia. En este trance, me diriji á la caritativa muger que me habia asistido... yo sabia que podia darme la cantidad que necesitaba, porque en mis largas noches de insomnio la habia visto arrodillada levantar una losa del aposento, que comunicaba con mi alcoba, y sacar de debajo de ella una pesada caja llena de oro.

BER. Desgraciada! Adelante! Adelante!

MARIA. Cuando la pedi aquella suma para volar al encuentro de mi hijo, me contestó conmovida, que no la tenia. Ruegos, promesas, lágrimas... todo lo empleé á sus pies. Todo fué en vano. Entonces, exasperada, me levanté, y me atreví á amenazarla, que declararia ante un juez, que en aquel mismo cuarto escondia un tesoro, si no me daba de él la parte que yo necesitaba. La pobre muger me confesó temblando, que aquel tesoro no era suyo, sino de un emigrado francés, que se lo habia entregado como un depósito sagrado. Esta revelacion destruyó mi última esperanza, y produjo en mi mal asegurada salud una recaida. Caí en el suelo sin aliento, y un viagero, que estaba en la casa, y que habia sin duda oido el fin de nuestra conversacion, me condujo á mi lecho. A la noche siguiente me pareció ver en medio de la calentura, y como á través de un velo, á ese mismo viagero, registrando el interior de la losa, que cubria el dinero; pero no sé si esto era una ilusion, efecto del delirio, ó una realidad; yo nada podia asegurar.

BER. Ah! todo lo comprendo ahora! Infeliz Maria!

MARIA. A los dos ó tres dias vinieron á prenderme, sin saber yo misma la causa.

BER. Y de tu libertador, no tienes ningun indicio ni sospecha?

MARIA. No; hace cosa de un mes la puerta de mi prision se abrió, y me entregaron una carta con estas lineas: «Maria, estais libre, pero no perdonada. Apresuraos, pasad pronto la frontera, y ocultad con cuidado vues-

tro nombre donde quiera que vayais. Porque siempre podrá apoderarse la justicia de vos.» Esta carta, que conservo, no está firmada, y solo tenia abajo estas palabras: «Preguntad por el Padre Sulpicio en la Sacristia de San Eustaquio, en Paris.» Mi primera diligencia, al salir de la prision, fué dirigirme á Kerbac para informarme de mi hijo. Allí supe, que lo habias recogido de manos de su libertadora; y tambien me dijo las señas de la casa desde donde la enviabas una pension. Olvidando todo lo demas, vine confiada y feliz a casa del General, lo mismo que si hubiese sido á la del Sargento Bernard.

BER. Es menester ver hoy mismo á ese Padre Sulpicio.

ESCENA XI.

ELENA y VICTOR en el pabellon; despues CRIADO, BERNARD y MARIA en el jardin.

ELE. Si, querido Victor, el Rey ha estado hoy conmigo amabilisimo.

MARIA. Hablan en ese pabellon.

BER. Es la condesa... Es menester que te alejes, Maria.

MARIA. Alejarme!

CRIA. El Señor Gaston de Montelar.

BER. Hazme saber la casa donde te hospedas, y Marcial me conducirá.

VIC. Señor Montelar, no os resentis nada de la muñeca?

MARIA. Oh! El es... mi hijo, que habla.

GAS. Ah! Sabeis...

VIC. Si... una caida... Ahora que recuerdo, tengo una pregunta que haceros... Cómo se llama vuestro guantero?

ELE. (Cielos!)

GAS. Se llama Verdier.

BER. Y bien, Maria?

MARIA. Nadie me vé; dejadme oírlo.

VIC. (El era!)

ELE. Victor, dónde está vuestro padre? Todavía no le he visto hoy.

VIC. Voy á llamarlo, señora.

BER. Parte, Maria, y prométeme no revelar tu secreto hasta que yo te diga: puedes hablar.

MARIA. Os lo prometo, Bernard.

VIC. Padre mio, la señora Condesa pregunta por vos.

BER. Vamos, dame tu brazo. (Pobre Maria!)

ELE. (bajo a Gaston.) Es menester alejar á ese jóven, ó acabará por perdernos.

MARIA. He prometido callar... pero puedo verlo!.. Quedarme á su lado!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon, que comunica con una vasta galeria, adornada con ricos sillones, flores y guirnaldas. Esta galeria tiene una gran gasa en su centro, figurando una puerta de dos grandes cristales, por la que se distingue mas lejos otro salon de baile, iluminado con arañas. Puerta en el fondo del primer salon, que conduce á la galeria. A derecha é izquierda puertas laterales en primer término. Al levantarse el telon, varios criados acaban de adornar las salas, poniendo flores en los jarrones y candelabros. Marcial entra por la derecha con un almohadon de terciopelo debajo del brazo.

ESCENA PRIMERA.

MARCIAL, UN CRIADO

MAR. Voto á mil legiones de demonios, que toda la casa nos la han tomado por asalto!.. Qué baraúnda!.. ¿Y

todo, por qué?.. Porque hoy es san Luis, y la señora condesa quiere festejar con un baile los dias del rey... La cosa no es para menos... Y el general y yo, los verdaderos dueños de la casa, tenemos que tocar retirada, hasta de nuestros mismos aposentos!

CRIA. Señor Marcial, qué decis de los salones dispuestos para el baile?.. Yo creo que no se puede ver nada mas hermoso.

MAR. (con mal humor.) Me has visto tu alguna vez en una revista vestido de gran uniforme al otro dia de una batalla?..

CRIA. Nunca, señor Marcial!..

MAR. Entonces cállate, imbécil!.. Qué sabes tu lo que es hermoso!.. (el criado se marcha.)

ESCENA II.

BERNARD, MARCIAL.

BER. ¿Estás ahí, Marcial?

MAR. Si, general.

BER. Me han invadido mi aposento para su baile... Felizmente nos queda el pabellon del jardin... y allí...

MAR. No nos queda nada, general!.. Ni del mas pequeño rincon podemos disponer.

BER. Qué, tambien el pabellon?

MAR. Ha sido tomado á paso de carga!..

BER. Entonces, mi pobre Marcial, estamos bloqueados por la fiesta?

MAR. Si; prisioneros entre el fuego granado de la orquesta, y las municiones de boca del buffet.

BER. Pues bien, Marcial, pasaremos la noche fuera de casa; desapareceremos sin ruido, y volveremos á entrar lo mismo. Mi quebrantada salud será una excusa natural, que la Condesa podrá dar á sus convidados, para motivar mi ausencia en el baile.

MAR. Escelente idea, general!.. Y á dónde iremos?

BER. Buena pregunta!.. A la casa donde has estado para conducirme veinte veces, y á donde nunca me llevas, porque siempre encuentras al tiempo de salir algun obstáculo, que impide nuestra visita.

MAR. (Malo... malo!..)

BER. Esta noche creo que no habrá ningun inconveniente... Elena, ocupada aquí, no puede pensar en acompañarme... Si, Marcial, esta noche quiero ver á Maria.

MAR. (El enemigo se nos echa encima!)

BER. Resignada á mi voluntad, la pobre madre no ha vuelto á presentarse en esta casa desde ayer mañana. Felizmente tú averiguastes su casa.

MAR. Sin pérdida de tiempo.

BER. Has cuidado de llevarla hoy noticias de su hijo?..

MAR. Oh... eso... no la faltan, general!..

BER. Cómo vamos á sorprenderla!.. Pobre Maria... no creia que el baile de la condesa pudiera proporcionarme la mejor ocasion de hablarte!..

MAR. (Vaya usted á desengañar á un hombre tan confiado!)

BER. Vamos, Marcial!.. (levantándose.)

MAR. (turbado.) Es que... Maria no espera vuestra visita... y... podría muy bien haber salido.

BER. Bien, la esperaremos.

MAR. (Pues ya teniamos para rato!..)

BER. O si no.. no! (reflexionando.)

MAR. Eso es, no la esperaremos.

BER. Antes iremos á san Eustaquio!..

MAR. ¡A san Eustaquio!.. ¿Y para qué?..

BER. Para llamar á un sacerdote...

MAR. (sorprendido.) Tratáis de confesaros, General?..

BER. Eso no te importa.

MAR. Es que si vais á decirlo todo, será cosa larga!..

BER. (*animándose.*) Si es menester que yo hable á ese religioso! Vé, Marcial, y búscame un coche de alquiler, que harás conducir á la puerta falsa del jardín. Allí iré yo á buscarte.

ESCENA III.

Dichos, ELENA.

ELE. Un coche, amigo mio?... Para quién?

BER. Para mi, Elena.

ELE. Quereis salir esta noche?... Habéis pensado en ello?... Y nuestro baile?

BER. Decid el vuestro, amiga mia... Brillad... sed feliz; que todos os admiren, ese es vuestro derecho. Pero dejadme á mi el mio. Yo tengo necesidad de aislamiento y libertad. Las exigencias de la fiesta me han privado de mi aposento... El pabellon del jardín está igualmente ocupado, y deseo que nadie me vea aquí esta noche.

ELE. (*apoyándose en su brazo.*) Sin embargo, si os encontraran fuera de aquí esta noche, podríais, sin querer, comprometer el porvenir de vuestro hijo.

BER. ¿El porvenir de mi hijo?

ELE. Ahora os explicare... Marcial, el señor conde ya no sale.

MAR. (*Mejor quiero eso.*)

ELE. Dejados, y mandad que desocupen enteramente su habitacion.

MAR. Al momento, señora condesa! (*Yo mismo voy á empezar á apagar lamparillas!*) (*sale por la izquierda.*)

ESCENA IV.

ELENA, BERNARD.

BER. Ahora, Elena, explicadme por qué mi ausencia puede perjudicar á Victor.

ELE. Naturalmente, (*haciéndole sentar á su lado.*) amigo mio... Nuestro baile en este dia tiene una significacion política. El rey se ha alegrado muchísimo cuando lo ha sabido; y no permanecer en casa esta noche es declarar abiertamente la guerra á aquel, que se creía ya reconciliado con vos. Pensad en Victor, amigo mio: ¿no os agradaría verlo en camino del poder, de los honores?...

BER. Sin duda ninguna. Pero como siempre he combatido contra los mismos, que hoy nos gobiernan, para mi es una ley el no solicitar nada, ya sea para mi ó para mi hijo.

ELE. Por esa razon yo soy la que he pedido, y he obtenido.

BER. Vos?... En mi nombre?...

ELE. No, en el mio. La hija del emigrado ha usado de su poder con el rey, para probar su reconocimiento al general del imperio. Se trata de dar á Victor una embajada científica... aunque lejana. Pero con ella podrá prestar grandes servicios, y adquirir gloria; y estoy segura de que vos no querreis que digan de los condes y nobles del imperio, lo que tanto han criticado en nuestros gentiles-hombres de la monarquía. Los padres han conquistado sus títulos y nobleza; los hijos no han tenido mas trabajo par llevarlos, que el de haber nacido.

BER. Teneis razon; yo no quiero que digan eso de mi hijo!

ELE. (*Partirá!...*) Ahora ya comprendereis, amigo mio, si vuestra ausencia podria comprometerle. Seria dar á entender que no aprobabais lo que he hecho.

BER. Gracias, Elena. (*cogiéndola la mano.*) Me quedaré... yo os lo prometo.

ELE. Eso me tranquiliza... y con solo un instante que os presenteis en el baile... solo un momento...

BER. Bien, bien, veremos.

ELE. Con el traje mas sencillo... nada de etiqueta... Solo exijo que brillen en vuestro pecho todas vuestras cruces.

BER. Eso es lo mas inútil... ¿Qué necesidad tengo de ellas?...

ELE. Me envanecen tanto esas condecoraciones!

BER. (*afectuosamente.*) Bien, Elena, seréis obedecida.

ELE. Es que he dicho todas, incluso la nueva.

BER. La nueva?... (*sorprendido.*)

ELE. Si, la de san Luis.

BER. Nunca la he tenido, amiga mia!

ELE. Si tal, desde esta mañana sois caballero de la orden... El rey, creyéndose reconciliado con vos, se ha dignado concedérosela por su propia voluntad.

BER. Yo llevar la cruz de san Luis?... Vámos, Elena, eso es imposible!...

Si consiento en adornarme con las otras, es porque mi conciencia me dice que las he merecido; pero en cuanto á esa, como justamente he hecho todo lo contrario de lo que era menester para

obtenerla, creeria, si la cuelgo en mi pecho, insultar descaradamente á los que la llevan con derecho!

ELE. Es decir que rehusais?...

BER. Si, Elena, si, mi querida amiga... No me exijais que sacrifique este legítimo escrúpulo á una debilidad de vuestro orgullo... á un capricho.

ELE. Como decís, puede ser un capricho, general; pero sin que por esto trate de reconveniros, tambien yo he sacrificado al vuestro mas que un escrúpulo; á una

amiga de la infancia, de la que no he titubeado en separarme, porque á vos no os agradaba; y que he reemplazado ademas con una recomendada de Marcial,

vuestro confidente, vuestro factotum!

BER. Que Marcial os ha proporeionado?...

ELE. Si, una camarera, viuda de un camarada suyo. Y estoy contenta de ella; parece leal é inteligente. Ya

veis, señor conde, como mi conducta les mas complaciente que la vuestra, y no podeis menos de consentir en la bagatela que os exijo... ¿no es verdad, amigo

mio?... La cruz está en mi cuarto... os la mandaré con Mariana.

BER. ¿Con Mariana?...

ELE. Si, mi nueva doncella. (*en este momento aparecen en el fondo Edgardo y Tourville, sin decidirse á entrar.*)

BER. Quién llega?...

ELE. El doctor Edgardo de Bussieres y el Baron de Tourville, que os fué presentado ayer.

BER. Ah!... si; el ex-proveedor.

ELE. (*á los dos.*) Pasad adelante, señores, el general se honra con vuestra presencia!

BER. Seguramente, acercaos, señores: yo no puedo salir á vuestro encuentro.

ELE. ¿Habéis recibido mi esquila de convite?... Supongo que os quedareis, señor de Bussieres?... El señor Baron me concederá igual favor?...

TOUR. Os doy gracias, señora. Suplico que me disimuleis; nunca me presento en sociedad; mi estado de salud no me lo permite.

EDG. He acompañado hasta aquí al Baron, porque deseaba tener un momento de conferencia con el señor conde... y despues, general, yo tambien tengo algo que deciros.

BER. Tocante á vuestra familia?...

EDG. Precisamente.

ELE. Pues bien, Edgardo; dejemos solos á estos señores, y dadme el brazo... Deseo que me deis vuestro parecer sobre los preparativos de mi baile.

EDG. (*dándola el brazo.*) Estoy á vuestra disposicion, señora condesa. (*se van por el foro.*)

ESCENA V.

TOURVILLE, BERNARD.

BER. Voy á sentarme, señor de Tourville; esto es pedir que sigais mi ejemplo.

TOUR. (sentándose.) No tengo mas que una súplica que haceros.

BER. ¿De qué se trata?..

TOUR. Ayer tuve el honor de veros para tratar de la venta de vuestra posesion de Velleville, que yo deseaba adquirir.

BER. Y quedamos acordados sobre la marcha; lo que no era tan fácil antiguamente, siendo de general á proveedor... pero los tiempos han cambiado mucho.

TOUR. Y los hombres tambien, (seriamente.) señor conde. Desearia pues, si fuera posible, que miraseis como nos admitida la proposicion que os hice.

BER. Lo que quiere decir, que habeis quedado descontento del negocio? Vos!.. que estoy seguro, nunca os habeis arrepentido de los vuestros? Hablo de los antiguos.

TOUR. Os engañais, general; me remuerde cruelmente la conciencia; sobre todo, de uno!

BER. Vaya, apesar mio, deo ver mi antiguo rencor de soldado republicano contra esos pobres proveedores, como si no los debiéramos á ellos mas de una victoria.

TOUR. Os burlais, general!

BER. No tal. Dejándonos carecer de todo, nos obligaban á conquistarlo del enemigo. Pero perdonadme, os recuerdo antiguos pecadillos. Hablemos de mi posesion.

¿No os conviene ya?..

TOUR. La destinaba para un objeto filantrópico; al que tengo que renunciar.

BER. Me es igual... yo comerciaba en favor de mi fiel Marcial, á quien tengo la intencion de legar esa finca.

Para él era el dinero; lo mismo le dará la casa.

TOUR. Mil gracias, señor conde. Permitid que me retire; vivo muy lejos de aqui, y tengo esta noche en casa.

BER. ¿Un baile tambien?..

TOUR. Oh!.. no. Una reunion de un Comité de beneficencia, cuyos miembros principales pertenecen al clero de diversas parroquias, tales como santa Elisabeth, san Eustaquio...

BER. (con interes.) Ah! conoceis á los sacerdotes de san Eustaquio?

TOUR. Si.

BER. ¿Y al padre Sulpicio? (sorprendido é inquieto.)

TOUR. Mucho... forma parte de nuestro comité.

BER. ¿Podriais presentarme á él?

TOUR. Con mucho gusto... pero presentado por mi ó no, el padre Sulpicio será para vos lo que para todos, un prudente consejero y un severo juez. (Maria aparece por la derecha con una cruz de San Luis en la mano.)

ESCENA VI.

Dichos, MARIA.

MARIA. No está solo! (deteniéndose.)

BER. Tengo que pedirle... (á Tourville.)

TOUR. (interrumpiendo.) Si lo que vais á decirme es cosa secreta, os prevengo que no estamos solos...

Acaba de entrar una muger, que parece ser de la casa.

BER. Ah! si; Mariana, la doncella de la condesa. No quiero deteneros, señor de Tourville.—Yo haré que me conduzcan á vuestra casa, y desde alli iremos á ver á esa persona.

TOUR. Cuando gusteis, señor conde. (Qué interés tendrá en conocer á ese hombre?..) (al salir por el fondo)

se acerca á Maria. La mira, y esclama aterrado! Qué veo!.. Esta muger!.. Es ella!.. Ella aqui!.. Ah! el general todo lo sabe!.. Justicia de Dios! (Maria, ocupada en contemplar á Bernard, no ha mirado siquiera á Tourville, que sale por el fondo.)

ESCENA VII.

BERNARD, MARIA.

BER. Acercaos, Mariana; ¿es así como os llamas?..

MARIA. Si.

BER. Y sois viuda?.. Mas adelante hablaremos de eso, cuando nos conozcamos mejor. ¿Veniais de parte de la condesa á traerme una cruz? (poniendo la cruz en su mano. Va á marcharse.) Venid.. Una vez que se empeñan absolutamente en que he de llevar esta condecoracion, hacedme el favor de ponerla en mi pecho.

(Maria duda acercarse; cojiéndola bruscamente una mano.) Temblais?... Vuestra mano está helada!..

Qué misterio?..

(Maria quiere soltarse, y la coje la otra mano, deteniéndola delante de él, como si pudiera verla. Momento de silencio, durante el cual Maria procura no descubrirse. Pero el general, que ha concebido una sospecha, parece interrogar el aliento de la que tiene sujeta, á fin de conocerla. Crece la emocion de Maria, que está á punto de venderla. La fisonomia del general pinta sucesivamente la duda, la inquietud, y últimamente la conviccion.)

Ah!.. no procures engañarme!.. Te he reconocido!.. Tú eres Maria!

MARIA. Silencio, Bernard! (mirando per todas partes.)

Si os oyesen!

BER. ¿Tú aqui?.. Imprudente!..

MARIA. Oh!.. no tengais miedo!.. Fuerte con mi felicidad, y celosa de conservarla, nada podrá descubrirme!.. Ah!.. desafío á la penetracion mas sutil, al ser mas desconfiado, á que pueda adivinar, cuando Victor está ahí, delante de mi, que esta sirvienta, que solo parece ocupada de su obligacion, es una madre que vela á su hijo!..

BER. No dudó de tu valor, Maria; admiro tu proceder!.. Pero saber que estás aqui... en mi casa, bajo una apariencia servil...

MARIA. Nada me importa la condicion ó el título, con que pueda permanecer al lado de Victor, con tal de que no sea á sus ojos una estraña. Asi, Bernard, no os avergonceis por mi del empleo que he aceptado en vuestra casa. A ese precio no pago, ni con mucho, la oculta felicidad que me proporciona!..

BER. Noble corazon!.. Ya llegará el dia, yo te lo juro, en que puedas llamarle tu hijo!..

MARIA. Ah!.. no lo creo, Bernard!..

BER. Si, Maria, no lo dudas... Ese religioso...

MARIA. Ya lo he visto! (tristemente.)

BER. Ah!.. Y qué nuevas?..

MARIA. Avisado de mi evasion, me esperaba para ofrecerme, en nombre de un desconocido, una pension y un asilo lejos de Paris... ¿Qué mano protectora es esta, que se me tiende en la oscuridad?.. El padre Sulpicio no ha podido, ó mas bien, no ha querido darme un asilo... Yo esperaba una justificacion de mi inocencia... solo me han ofrecido una limosna, y la he rehusado.

BER. Otra esperanza perdida! Pero dime, Maria; ayer cuando llegastes, Victor te vió; ¿cómo no te ha reconocido?..

MARIA. Oh!.. me reconoció, y me ha acogido perfectamente!..

BER. El silencio de Marcial lo comprendo... Pero Victor, cómo no me ha hablado de tu presencia en la casa?..

MARIA. Porque yo le pedí el secreto!

BER. Bajo qué título?

MARIA. Me cree viuda de un compañero tuyo de armas... Piensa penetrar en los misterios de mi vida, y de este modo poco á poco yo he adivinado los mas recónditos de su corazón. Sé que ama y es amado, y que para hacerle feliz, no tienes mas que quererlo... y lo querrás, no es cierto?

BER. Puedes dudarle, Maria?.. Pero siento pasos!

MARIA. (mirando al foro.) Es él, con su amigo Edgardo!

BER. Maria...

MARIA. Tranquilizaos, general... voy á alejarme... aqui no hay mas muger que Mariana.

ESCENA IX.

Dichos, VICTOR, EDGARDO.

VIC. (dándole el brazo.) Ya no te abandono, Edgardo; esta vez tendrás que hablar á mi padre delante de mí.

EDG. Consiento en ello!.. Y tanto mas, cuando traigo una buena noticia!

BER. Será cierto?..

MARIA. Oh!.. me quedo! (vuelve, y se ocupa en arreglar las flores, los sillones etc.)

EDG. Me explicaré... (mirando á Maria.) cuando estemos en familia.

VIC. (reparando en Maria.) Ah!.. lo dices por Mariana? Puedes hablar; Mariana no es para mi una criada!.. Sabed, padre mio, que era...

BER. Todo lo sé ya, hijo mio.

VIC. Entonces ya comprendereis el interés que me inspira... Vamos, Edgardo, estamos, como deseabas, en familia. Instrúyenos pronto.

EDG. Corriente!.. (con alegría.) Pues señor, mi hermana se ha pronunciado, yo tambien. Los Papás se han enternecido, y el matrimonio ha quedado resuelto!

VIC. Querido amigo!.. Y has estado tanto tiempo sin decirme nada!.. Estos doctores son insensibles!.. No nos pueden dar la vida, como no hagan antes padecer!..

BER. Gracias, señor Bussieres. (tendiéndole la mano.) Os soy deudor de mi mas grande alegría!..

VIC. Le sois deudor de la vida de vuestro hijo, padre mio... porque ahora ya puedo confesarlo; si hubiera tenido que renunciar á Clotilde, me habria muerto de desesperacion!..

MARIA. (adelantándose con viveza.) Ah!.. no digais eso delante de... delante de vuestro padre.

EDG. Nosotros hubiéramos impedido semejante locura!

VIC. Y se ha fijado el dia del casamiento?..

EDG. Se fijará tan pronto como el señor Conde haya cumplido con la primera formalidad!.. Se necesita un documento, que segun tengo entendido, le costará al general algun trabajo procurárselo.

BER. Un documento?..

VIC. Cuál?

EDG. El acta de defuncion de vuestra primera esposa. En el momento que esta se presente, serás mi hermano, querido Victor. (Victor baja tristemente la cabeza. Maria, que se acercaba para oír mejor, se sostiene en un sillón ahogando un gemido.)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. (Cielos!.. Delante de su madre!..)

BER. Y bien, no está ahí la condesa para recibirlo?

MAR. (á media voz.) Es que quiere hablaros á vos solo... Ha subido por la escalerilla secreta, y ha entrado en vuestro aposento como un loco! Si vierais su palidez... su agitacion!.. «Anda á buscar á tu Señor, y no digas á nadie que me has visto sino á él;» esto me ha dicho, arrojándose en un sillón, y sepultando la cabeza entre sus manos como un desesperado!

BER. (Qué le habrá sucedido?) Hasta despues, señor de Bussieres; tengo que hablar con vos... y tambien contigo, Victor... Tu brazo, Marcial. (bajo.) Dime, Maria llora, no es verdad?

MAR. Ah!.. sabéis?..

BER. Respóndeme! Lloras?..

MAR. No, general!

BER. Pobre madre!.. Qué valor!.. (se van por la izquierda.)

ESCENA XI.

Dichos, menos BERNARD, despues ELENA.

EDG. Qué es esto, Victor? De dónde procede esa tristeza! Al hablar de ese documento, no creo que haya reanimado el dolor de una pérdida reciente, pues que perdiste á tu madre siendo muy niño.

VIC. Es verdad, amigo mio... pero sin embargo, no he podido dominar mi emocion... y no es bien natural?.. Muy joven perdi á mi madre; pero siempre he conservado la idea de que volveria á verla. Disimúlame, Edgardo. Es la primera vez que á mi sueño de felicidad se une un pensamiento de luto!

MARIA. (Hijo mio!.. mi memoria le entristece; estoy aqui... y no puedo decirle: yo soy tu madre!.. Tu madre, que te adora!)

ELE. (entrando.) Victor, os buscaba. Señor Edgardo, os advierto que entre mis convidados, que van llegando en tropel, he tenido el placer de recibir á la señora y señorita de Bussieres.

VIC. Clotilde está aqui? (con alegría.)

EDG. Si; era una sorpresa que te habia preparado. Con vuestro permiso, voy á reunirme con mi madre. (se va por el foro.)

ELE. (á Maria.) Mariana, id á esperarme en mi aposento.

MARIA. Voy, señora. (humildemente.) (Hijo mio, aunque me cueste la vida, serás dichoso!)

ESCENA XII.

VICTOR, ELENA.

VIC. Teneis algo que mandarme, señora?

ELE. Si; ayer entregué á Marcial la lista de los convidados, y no se me ha devuelto.

VIC. Esa lista la tengo yo.

ELE. Ah!.. ya lo suponía, y eso me tranquiliza; temia que se hubiese perdido, porque tengo que repasarla. Todas las personas, que yo deseaba reunir en el baile, me han contestado por escrito, ya sea aceptando mi invitacion, ó ya escusando su ausencia. Una sola no me ha respondido, y temo haberla olvidado.

VIC. (Entiendo.) Tal vez pueda yo deciros lo que quereis saber, sin necesidad de buscar la lista.

ELE. Oh!.. Cómo quereis acordaros entre tantos nombres?..

VIC. Perdonad, yo me acuerdo de todo!.. Tengo muy buena memoria. Vais á verlo. Si ha sido por casualidad, de quien se trata, el señor Gaston de Montelar, puedo deciros que su nombre no ha sido olvidado por vos... era de los primeros en la lista.

ELE. Quiere decir que ya no lo es?..

VIC. Yo me he permitido borrarlo, y por consiguiente,

tambien he suprimido la invitacion, que le estaba destinada.

ELE. Y con qué derecho, caballero?

VIC. Con derecho, ó no, señora condesa, no me agrada encontrarlo aqui... en casa de mi padre!

ELE. Sois bien audaz, Victor!...

VIC. He decidido que el señor Gaston de Montelar no debia asistir á vuestro baile, y por eso he desgarrado su targeta.

ELE. (sonriéndose.) Siento que los hayais tomado un trabajo inútil!...

CRIA. El señor Gaston de Montelar. (se oye en la galeria anunciar á Gaston de Montelar. Las puertas se abren, y se ven en ellas y en el segundo salon, á través de la gasa, la turba de convidados.)

VIC. Como?... Aun se atreve á venir!...

ESCENA XIII.

Dichos, BERNARD, EDGARDO, GASTON, CONVIDADOS. Estos, durante esta escena, se pasean, y forman varios grupos.

BER. (entrando por la derecha.) (El marqués está mas tranquilo... Cueste lo que cueste, yo repararé su falta. Su honor es tambien el mio!)

ELE. (que ha salido al encuentro del general.) Vamos, amigo mio, no os hagais desear... Permitidme que os presente á nuestros amigos. (lo lleva de la mano, y lo conduce á un grupo de convidados, que lo rodean, saludándole. Elena se separa del grupo.)

EDG. Vuestro baile es encantador, señora condesa.

ELE. (bajo á Gaston.) La guerra está declarada entre Victor y yo. Medid vuestras palabras, desconfiad de sus miradas, porque aprovechará el menor pretexto para dar un escándalo.

GAS. Tanto mejor!... Preferiria una guerra abierta, á esta lucha sorda y cobarde!

EDG. Cómo, Victor, todavía permaneces ahí serio y sombrío? Clotilde ha tenido ya que aceptar tres invitaciones... Si tardas mucho en presentarte, quedará comprometida para toda la noche.

VIC. Gracias por el aviso, Edgardo. Dentro de poco iré á excusarme de mi descuido con la señorita de Bussieres.

EDG. Parece que no te corre gran prisa... Como quieras. Yo voy á buscar á una persona á quien no permito bailar... sino conmigo!

VIC. (No; la traicion de esta muger y la audacia de su amante no pueden quedar impunes... No debo descubrirlos á mi padre; pero es menester que lo vengue!)

BER. Señores, la distincion que el Rey se ha servido acordarme, me honra mucho sin duda ninguna; pero yo he hecho tan poco para obtenerla, que no merezco las felicitaciones con que me agoviáis.

GAS. En vos, general, ha sido una justicia. Para mi es para quien ha sido solo un favor. Lo único que á mis ojos la hace preciosa, es que la comparto con vos.

BER. Conmigo?

ELE. Si, amigo mio, el nombre del señor de Montelar se encuentra al lado del vuestro en la lista de la distinguida órden de San Luis.

VIC. (Ah!... gracias, Gaston, acabas de proporcionarme el pretexto que yo buscaba.) En efecto; el señor de Montelar es caballero como vos, padre mio. El tiene veinticinco años... vos contais cincuenta; pero eso qué importa?... Un pedazo de cinta ha salvado esa distancia. El es caballero como vos, cuyos servicios atestiguan vuestro valor y nobleza; pero en cambio, el señor de Montelar puede hacer valer sus triunfos de salon, alcanzados por la debilidad vergonzosa de

ciertas mugeres de noble estirpe. Estas conquistas valen tanto como las vuestras, puesto que es caballero como vos!

BER. Victor!

GAS. Caballero, semejante insulto!...

VIC. Tened la bondad de decirme quién es aqui el insultado; si vos, que no sois mas que un advenedizo, un cualquiera, que confunde torpemente el vil precio de la intriga con la noble recompensa del mérito, ó el ilustre veterano, á quien os atreveis á decir: Los dos somos iguales; tan caballero soy yo como vos?

GAS. Victor!

BER. Basta, basta, callad!

ELE. Está loco?... General, no interpondreis vuestra autoridad para dar fin á este escándalo?..

BER. No puedo esplicarme su conducta!... Pero tranquilizaos, señor de Montelar, se os dará una satisfaccion!... Y vosotros, señores, que habeis sido testigos de esta malhadada escena, os suplico que nada divulgueis! Dejadme con los dos... no quiero separarme de ellos hasta que el agresor satisfaga al ofendido. (todos se retiran cerrando las puertas.)

ESCENA XIV.

BERNARD, VICTOR, GASTON; despues ELENA y MARIA.

BER. Victor, habeis provocado indignamente y sin motivo alguno al señor de Montelar. Os mando que le pidais os perdone inmediatamente!

VIC. (bajo á Gaston.) Señor de Montelar, habeis hecho traicion, y deshonorado cobardemente á ese pobre ciego... Os mando que os arrodilleis delante de él!

GAS. Yo!... Vamos, Edgardo, estamos como de costumbre.

BER. (á Victor.) Ya que no puedo leer el arrepentimiento en vuestro semblante, necesito oirlo de vuestra boca.

VIC. (á Gaston.) Ya lo ois: no puede ser... pero Dios os verá!

GAS. Esa violencia!...

VIC. Obedeced!... O á los dos os descubro! (señalando á Elena que entra.)

BER. Titubeais, Victor?... No hay baldon en reconocer sus yerros... Vamos, espero que habléis.

VIC. Ya lo ois!... espera. (á Gaston; en este instante Maria aparece por la derecha; Elena hace un gesto de súplica á Gaston.)

MARIA. Qué habrá pasado!...

BER. Por la última vez, Victor, os mando que confeséis vuestra falta!

VIC. (señalando á su padre, lleva á Gaston delante de él.) Aqui teneis al culpable, padre mio.

MARIA. Ah!

BER. Pero no le oigo acusarse.

VIC. Se inclina ante vos, padre mio... y arrepentido de sus yerros, confiesa que ha desconocido los deberes, que le imponia vuestra casa... Que ha olvidado el respeto que debia tributar á vuestros blancos cabellos!... (arrodillando á Gaston.) Pide, en fin!... perdon de rodillas!...

BER. Bien, Victor; lo que has hecho es justo y legal.

VIC. Oh!... ya lo sé, padre mio!

BER. Señor de Montelar, vuestra mano... la tuya, Victor... Asi, asi!... (les ha tomado las dos y se las une. Las puertas del fondo vuelven á abrirse.) Venid, señores... lo pasado queda olvidado!... Ved... el señor de Montelar ha aceptado las satisfacciones de mi hijo.

GAS. (apretando la mano á Victor.) He satisfecho la deuda del general... pero...

VIC. (lo mismo.) Mañana os pagaré yo la mia!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un gabinete de casa de Bernard.

ESCENA PRIMERA.

ELENA sola, está sentada cerca de una ventana lateral. Una bugia ya gastada hasta la mitad, y que arde en un velador al lado de ella, anuncia que ha pasado la última parte de la noche en vela. Mira una pendola. Empieza á amanecer.

ELE. Dos horas han pasado ya... dos horas de esperar y de mortal agonía!.. Oh!.. Gaston no se batirá... tendrá piedad de mí!.. Esa Mariana cuánto tarda! La carta de que era portadora, y que le he escrito bañada con mis lágrimas, le habrá conmovido!.. Oh!... estaba loca cuando la escribía. Para impedir ese duelo todo lo he olvidado... porque la vida de Gaston es la mía! (llora.) Para reparar su honor ofendido, yo le sacrifico el mio!.. Si; si lo quiere, huiré. El menosprecio del mundo, la miseria... los remordimientos, todo, todo lo acepto! (escuchando.) Ah!.. creo que han cerrado una puerta... Dios mio!.. tampoco será Mariana?... Si, esta vez... suben la escalerilla... al fin es ella!..

ESCENA II.

ELENA Y MARIA.

ELE. (saliendo á su encuentro.) Mariana, una palabra, una sola, que me mate ó me tranquilice... Se batirá?..

MARIA. (triumfante.) No, señora.

ELE. Ah! Se ha salvado!..

MARIA. Si, el señorito Victor se ha salvado!

ELE. Pero qué os ha dicho el señor de Montelar? Le habeis visto?... Ha leído mi carta?..

MARIA. Si, señora condesa. Vos me habeis dicho; está carta impedirá el duelo. Si llega á manos del señor de Montelar, Victor no correrá el menor peligro. Al momento partí... El día despuntaba ya, cuando por fin llegué á la casa del señor de Montelar. Un criado inflexible me rechaza... La puerta iba á cerrarse... Entonces, señora, olvidé que me habiais encargado el mayor secreto... todo lo olvidé, y grité á aquel hombre: vengo de parte de la condesa de San Andrés!.. Vá en ello la vida de un hombre!.. Solo así pude decidirle á que me introdujese. Presenté vuestra carta al señor de Montelar, que palideció al leerla. No puedo contestar á la señora condesa en este instante; pero tranquilizadla... decidla que Victor no corre ningun peligro. Me sentí tan dichosa!.. con la noticia que iba á traer, que apoderándome de la mano de aquel jóven, se la cubrí de besos y de lágrimas...

ELE. Mariana, no olvidaré el celo é interés con que me habeis servido. Guardádmelo el secreto, y yo sabré recompensaros!..

MARIA. (apagando la luz.) Ya es de día. No tratais de tomar algunos instantes de reposo?..

ELE. (Reposo!..)

MARIA. El señor conde pasa siempre temprano por este gabinete para bajar al jardín.

ELE. Teneis razon, Mariana; es menester que no sospeche... (No quiero verlo... Oh!.. ahora tengo miedo de lo que he hecho!) (vase derecha.)

ESCENA III.

MARIA.

Todo lo sé... todo lo he comprendido!.. Bernard, la noble señora ha dado buena cuenta de tu honor!..

Ha sido en casa de su amante á donde he estado esta mañana... he tenido que humillarme delante de él!.. Pero qué importa?... He salvado á nuestro hijo!

ESCENA IV.

MARIA, VICTOR, MARCIAL por el foro.

VIC. Y bien, has visto al señor de Montelar?..

MAR. (viendo á Maria.) Rayo! No estamos solos.

MARIA. Ya estais levantado, señor Victor?... (con inquietud.) Qué, vais á salir?

VIC. No, Mariana; la impaciencia no me ha dejado dormir... espero esta mañana á Edgardo y...

MARIA. Ah!.. si, comprendo!

VIC. Mariana, quereis hacerme el favor de ir á buscarme el reloj, que me he dejado olvidado?..

MARIA. Si, señor Victor!.. (bajo.) Marcial, ha ocurrido algo de nuevo?..

MAR. No, de nuevo nada!

VIC. Mariana!..

MARIA. Voy, voy al momento! (Oh!.. si espera al señor de Montelar, creo que no vendrá!) (vase fondo.)

ESCENA V.

VICTOR, MARCIAL.

MAR. (Desgraciada Maria!.. ha encontrado su hijo en el momento en que tal vez!.. Oh!.. no!.. Dios no sería justo, voto á mil demonios!)

VIC. Ya puedes hablar... el señor Gaston...

MAR. Vengo ahora mismo de verlo. Cuando le dije que estabais á su disposicion, titubeó un momento. Despues me respondió con estas solas palabras. A las ocho en Vincennes, la espada. Saludé, y aqui estoy. (suspira.)

VIC. (Oh!.. padre mio, yo te vengaré!) Gracias! (dándole la mano.) Qué tienes?... Tu mano tiembla!

MAR. Voto á cien legiones de demonios!.. Es que mejor hubiera querido irme á poner en la boca de un cañon, que desempeñar la comision que me habeis dado!

VIC. Cómo es eso?... Cuando te lo confié todo, á ti, antiguo compañero de mi padre, tan celoso de su honor como del tuyo, no esclamastes: es preciso matar á ese hombre?

MAR. Es verdad; pero yo queria que ese negocio corriera por mi cuenta... y voto va el diablo!.. que no lo hubiera hecho mal!

VIC. Olvidas que mi mano sabe sostener una espada? Toda ofensa hecha á mi padre, es un ultrage para mí; y para lavar un ultrage, se necesita que sea con la sangre, ya del ofendido, ó del ofensor.

MAR. Oh!.. no penseis siquiera que ese... monigote pueda tocaros ni al pelo de la ropa!.. Pues no faltaba mas!.. Sabeis las intenciones que me estaban dando, cuando me encontré delante de él? Estuve por abofetearlo delante de sus criados, y de haberle arrojado despues por la ventana con una sola mano!.. (Voto al diablo, que la idea era muy sana, y todavía tengo tiempo para egecutarla!)

VIC. Y con eso hubieras dado lugar para decir: el general de San Andrés era un valiente; su hijo no es mas que un cobarde!

MAR. Teneis razon, señor Victor!.. Es negocio que os compete!

VIC. Conténtate con ser mi padrino. Ve á esperarme con tus espadas en la puertecilla del jardín, cuya llave tienes tú; por alli saldremos sin ser vistos.

MAR. Corriente... Pero antes de partir, no ireis á dar un apretón de manos á vuestro padre?... Pobre Bernard!.. Si él supiera!..

VIC. Ya lo he visto, Marcial. Cuando entré estaba ocupado con su notario; por cierto que esa visita ha sido providencial, porque mi padre, distraído con ella, no ha notado en mis palabras la emoción, que me ahogaba. Si, Marcial; al contemplar, quizás por la última vez, aquel noble y bondadoso rostro... he sentido agolparse las lágrimas en mis ojos!... Es que le amo tanto!

MAR. Voto al infierno!.. Si quedaseis en la estacada, juro á mi nombre, que vuestro contrario no tardaría en ir con todos los diablos!

VIC. Alguien viene...

MAR. Es Mariana; sosegaos... tened cuidado... si la dejais sospechar alguna cosa... la daríais un gran pesar, y ya es bastante desgraciada!..

VIC. Si, es muy agradecida, muy cariñosa, y yo la quiero mas, porque adora á mi padre. Descuida, nada sospechará.

MAR. Os dejo con ella... mientras voy á colocar las espadas. Sin embargo, mi idea era muy sana! (yéndose.)

ESCENA VI.

VICTOR, MARIA.

MARIA. Aquí teneis lo que me habíais pedido. (le dá el reloj.)

VIC. Gracias, Mariana; gracias por tanta solicitud como me prodigais desde que habeis entrado en casa. Quisiera poder pagárosla.

MARIA. Oh!.. Señor Victor!..

VIC. Pagárosla hoy mismo.

MARIA. Hoy mismo?..

VIC. Tal vez no os volveré á ver mas, Mariana!

MARIA. Cielos!.. qué decís!

VIC. El rey me ha concedido una embajada... y la orden de marcha puede llegar de un momento á otro, obligándome á poner inmediatamente en camino.

MARIA. (Ah! respiro!) Y la señorita de Bussieres?

VIC. No será hacerme mas digno de ella, sirviendo á mi país? Sin embargo, no se separa uno sin disgusto de los que le han querido!.. Mi padre, á quien no habeis podido ocultar vuestra presencia en su casa, me decia esta misma mañana, ama y respeta á Mariana... para mí no es una desconocida... es una amiga; una verdadera amiga. Esto ya lo sabia yo, y antes que él me lo dijera; os amaba y respetaba. Por esto quisiera, que algun objeto mio os recuerde mi memoria y mi afecto; si llego á partir; y como he notado que cuando me visteis por casualidad este medallon, que llevo al pecho, y que mi padre me dió cuando ya no podia verlo, vuestros ojos se apartaron con pena del retrato que contiene.

MARIA. Es verdad!.. ese retrato me recordaba á un niño!

VIC. Hijo vuestro?..

MARIA. Si; que perdi en otro tiempo!

VIC. Ha muerto?

MARIA. Ah! no. Vive, es noble, valiente... como vos; pero está lejos... y tal vez nunca me será devuelto. Ese niño, que ahora tiene vuestra misma edad, se os parece tambien en las facciones: por eso cuando ví ese medallon, se me figuraba tenerlo entre mis brazos.

VIC. Querida Mariana, yo no puedo devolveros ese hijo, que sin duda adorará á su madre, como yo mismo hubiera adorado á la mia; pero puedo ayudar á engañar vuestra ternura. Mariana, admitid este retrato; él os traerá vuestro hijo á la memoria... y con su re-

cuerdo confundireis tambien el de Victor.... no es cierto?...

MARIA. Oh!.. si... (abogando sus sollozos.) Siempre... Siempre!.. dádme!

VIC. La condesa viene hacia este lado... Os dejo, Mariana... Adios!

MARIA. A dónde vais?..

VIC. Al jardin, á esperar á Edgardo. Ah!... Mariana... si llego á marchar... no abandoneis nunca á mi padre!.. (sale apresurado.)

ESCENA VII.

MARIA, después ELENA.

MARIA. Marchar... él... mi hijo!.. ¿Y no es mejor que se aleje en este momento? Oh!.. si, si!.. Acaso ese señor de Montelar, si encontrara á Victor, podría arrepentirse!.. Ah!.. Bernard, tú eres mas digno de lástima que yo!.. (mirando el retrato.) Porque yo podré verle á cada instante! (lo besa.)

ELE. (Estoy decidida!.. Debo cumplir la promesa que he dado á Gaston... Dentro de una hora abandonaré esta casa para no volver á ella!.. He escrito á mi padre, al general... Pero cuando reciban estas cartas, ya estaremos al abrigo de sus pesquisas.) Mariana?

MARIA. Señora! (ocultando el medallon.)

ELE. (Creo que puedo confiar en esta muger!) Antes de ayer me acompañasteis á casa de Bapst, mi joyero...

MARIA. Si, señora condesa.

ELE. Sabíais ir sola hasta su casa?

MARIA. Creo que si!

ELE. Bien. Escuchadme... un motivo grave... muy grave, me obliga á vender todos mis diamantes...

MARIA. A vos, señora?

ELE. Si; como ya habia previsto lo que sucede, pregunté al joyero en cuanto tasaba estos aderezos. Para mí valen por lo menos cincuenta mil francos, me dijo, y cuando la señora condesa quiera deshacerse de ellos, estoy pronto á entregarle esta suma. Ahora bien, el momento ha llegado. Tomad este cofrecillo, Mariana; llevadlo á su casa con esta carta, y tomad la cantidad que os entregue. Pero no se la deis á nadie sino á mi... á mi sola! Marchad. (Maria duda.) Yo os lo mando! (mientras ha estado hablando, el general ha entrado, y se ha quedado en la puerta escuchando. Cuando Maria vá á salir se encuentra con él.)

MARIA. Ah!... (sorpresa.)

ELE. El general!.. (volviéndose aterrada.)

BER. Mariana, volved esas joyas al aposento de la condesa... Marchad... yo os lo suplico! (Maria entra por la izquierda.)

ESCENA VIII.

BERNARD, ELENA.

BER. Por qué queríais vender vuestros diamantes?

ELE. Yo...

BER. Elena... todo lo sé. (con dulzura.)

ELE. Ah! (cubriéndose la cara.)

BER. La suma que os podian dar por esas joyas, no era suficiente para lo que vos queríais.

ELE. (Qué quiere decir?)

BER. Se necesitaba un millon y quinientos mil francos para salvar á vuestro padre.

ELE. (A mi padre!)

BER. Yo creí que, fiel á la palabra que el marqués de Beauferrand me habia dado, no os habia dicho nada. Yo queria haberos evitado la menor sombra de inquietud ó de disgusto. Por eso os he ocultado la vi-

sita que me hizo ayer vuestro padre. Señor conde, estoy perdido: me dijo...

ELE. Perdido! ..

BER. He jugado mas de lo que poseia. Una jugada de bolsa, imposible de preveer, me ha hecho deudor de una suma que no puedo pagar. Esta deuda no la pueden exigir, ya lo sé, porque nada la atestiguan... no hay nada escrito ni firmado. Pero se han fiado en mi palabra, y no pagarla es deshonorarme. Yo le di las gracias por haber acudido á mi; y por la primera vez me alegré de ser ciego para ver el rubor en la frente del anciano. Tranquilizaos, le dije, abrazándole; pagareis vuestra deuda mañana mismo. Hace una hora, que, gracias á la solicitud de mi notario, el marqués de Beauferrand debe haber satisfecho á su acreedor.

ELE. (cayendo de rodillas.) Oh!.. desgraciada!.. Desgraciada!..

BER. No lloreis, Elena; y sobre todo, no me lo agradezcáis. Qué es lo que he hecho?... Yo no os he sacrificado mas que un puñado de oro, mientras que vos, querida amiga, me habeis sacrificado vuestros sueños alegres y juveniles años. No habeis podido dar vuestro amor al viejo soldado inválido... pero habeis rodeado su blanca cabeza de tanto honor y respeto, que puede alzarla orgullosa cual si llevara una corona!.. Como un ángel de paciencia y dulzura, vos guiais piadosamente sus últimos pasos, y cuando baje á la tumba, le entregareis su honor intacto y puro, como él lo puso en vuestras manos. No es oier-to, hija mia?

ELE. Oh! señor!.. si, si... (llorando.) Yo os juro...

BER. Callad!.. no hay necesidad de juramentos entre los dos. (la levanta.) Estais contenta con lo que he hecho?... Esa es mi recompensa.

ELE. (Dios mio!.. Qué iba yo á hacer!)

BER. Este desagradable asunto me ha ocupado hasta ahora. Añadid á eso, la ridícula disputa de Victor... que me causó mucho disgusto!.. En fin, no he descansado un solo instante. (se sienta.) Ahora que todo se ha concluido, puedo tomar una hora de reposo. (saca un frasquito del bolsillo.) Elena, echadme unas gotas de opio en un vaso de agua.

ELE. Tened cuidado; el abuso de ese narcótico puede ser peligroso.

BER. Si, el abuso seria la muerte; pero con precaución es mi reposo. (Elena coje de un velador una vandeja con copas y una botella de agua.)

ESCENA IX.

BERNARD, ELENA, MARIA.

MARIA. Una carta para la señora condesa.

ELE. Para mi!

BER. Leed, hija mia, leedla... Mariana me servirá.

ELE. (Es de él!) (mirando la carta.)

MARIA. Oh!.. Bernard... (dándole de beber.) Soy muy dichosa!

BER. Dichosa?... (después de beber.)

ELE. (Mis cartas!)

MARIA. Victor me ha dado su retrato.

BER. Calla; me has prometido ser prudente!

MARIA. Oh!... si, lo seré!

BER. Quién os escribe, Elena?... Vuestro padre tal vez?

ELE. Si, mi padre.

BER. (durmiéndose.) Ahora ya estará tranquilo... y puedo reparar mis fuerzas descansando. (se duerme.)

ELE. (leyendo.) «Mi adorada Elena; hubiera querido merecer el supremo sacrificio, que me ofreciais hacer en nombre de nuestro amor; pero no puedo aceptarlo. Victor me ha propuesto un desafío, al que no

puedo reponder mas que con la espada...» Dios mio! «Y sin embargo, no olvidaré que mi adversario es el hijo del conde de San Andrés. Asi pues, no haré mas que defenderme. Os remito vuestras cartas. De este modo, si la suerte del combate me es contraria, como lo espero, nada, despues de mi muerte, podrá comprometer á la que he amado.» Ah! (se deja caer en un sillón.)

MARIA. Señora!.. qué teneis? (acudiendo.)

ELE. Mariana!.. Dónde está Victor?..

MARIA. Me ha dicho que iba al jardín, á esperar á su amigo Edgardo.

ELE. Oh!.. no hay duda!.. (Gaston no hará mas que defenderse... Ah! Victor lo matará!) Os ha engañado, Mariana!.. Es para irse á batir... para lo que ha salido!..

MARIA. Para batirse! (espantada.) Qué decis?

ELE. Mas bajo... mas bajo!.. (señalando á Bernard.)

MARIA. Pero eso es imposible, señora!

ELE. El señor de Montelar, insultado, provocado, no ha podido rehusar el combate, él mismo me lo escribe. (leyendo.) «Si el resultado del duelo es para mi favorable, os lo anunciaré inmediatamente por medio de un ramo de flores. Si no llega esa señal, habré muerto!..»

MARIA. Es preciso impedir á toda costa ese encuentro, señora!.. Es menester correr al sitio del combate, y y separarlos, interponiéndose entre ellos!

ELE. Si, si!

MARIA. Yo os acompañaré, no es verdad?

ELE. Voy á mandar buscar un coche... yo averiguaré el sitio de la cita. En seguida volveré aqui, y os haré una seña para que me sigais. Mientras tanto, permaneced al lado del general; y que no sospeche nada!..

MARIA. Ah! señora!.. Os deberá su vida, si rescatais la de su hijo! Corred; no perdais tiempo!

ESCENA X.

MARIA, BERNARD.

MARIA. Ha ido á batirse!.. Dios mio!.. Cuando me hablaba y estrechaba mi mano!.. Cuando me dió este retrato, nada he comprendido... nada he adivinado! Oh!.. No tengo corazon de madre!

BER. Maria! (despertándose.)

MARIA. Ah! (reponiéndose.)

BER. Estais ahí?

MARIA. Si; qué quereis?

BER. Dadme de beber... ó sino, no... no quiero dormir. Este sueño de algunos momentos ha sido horrible!.. Sentia aqui... en el corazon... penetrar la fria punta de una espada!.. Y aun todavía... me parece que estoy cubierto de sangre!..

MARIA. (De sangre!.. qué horrible presagio... Esa mujer cuanto tarda!..)

BER. Se ha ido la condesa?..

MARIA. (sin responderle.) (Qué estará haciendo!..)

BER. Dónde está?.. (ruido de coche.)

MARIA. Oh!.. se marcha sin mi!.. (corriendo á la ventana.)

BER. Quién, Maria?..

MARIA. Llegará tarde!.. (desesperada.) Desgraciada!.. Desgraciada!

BER. (levantándose y cogiéndola de la mano.) Maria, qué sucede? Llorais... tiembla vuestra mano!.. Aqui se me oculta alguna cosa... Maria, tú no me engañarás... qué sucede?... Habla!.. Quiero saberlo!

MARIA. No me preguntes... no me detengas, Bernard. Déjame salvarlo, si aun es tiempo! (en este momento

entra un criado y pone sobre una mesa un ramo de flores.)

CRIA. Para la señora condesa, de parte del señor de Montelar. *(vuelve á irse.)*

MARIA. *(corriendo al velador. Coje el ramo y lo tira.)* Ah! Hijo mio!.. Hijo mio!..

BER. Qué!.. Victor!.. Dónde está?..

MARIA. Te han engañado, Bernard!.. Nos han engañado á todos!.. Esta mañana iba á batirse!.. Una señal debía anunciar el triunfo de su adversario!..

BER. Acaba!.. Maria!..

MARIA. Pues bien, esa señal acaba de llegar!.. Nuestro hijo es muerto!.. *(cae de rodillas.)*

BER. El!.. Victor!.. oh!.. Estás loca!..

MARIA. Si, loca... porque mi hijo estaba aquí, hace un momento, y no le he detenido... por qué le he dejado correr á la muerte!

BER. Muerto mi hijo!.. *(pausa.)* Maria... levántate... necesito que me guies...

MARIA. *(se levanta.)* A dónde, Bernard?..

BER. A casa de Gaston de Montelard...

MARIA. Qué vas á hacer?..

BER. Qué voy á hacer?.. Vengarlo!.. *(con risa convulsiva.)*

MARIA. Tú... Bernard...

BER. Si; te entiendo!.. Soy ciego!.. anciano!.. No es esto?.. Crees que no puedo hacer mas que verter lágrimas!.. Pues no!.. Maria!.. Verteré sangre!.. No necesito de la luz del dia para aniquilar al asesino de mi hijo!.. Solo quiero que me pongan delante de él! Con la pistola apoyada en el corazón!.. Dios solo por testigo y juez!.. Llévame, Maria!.. No comprendes, que si no puedo matar á ese hombre... me mataré á mi mismo?.. Hola!.. *(llamando.)* Venid pronto, todos aquí!.. *(salen dos ó tres criados apresurados.)* Oigo pasos... Gaston sin duda!.. Oh!.. pronto, desgraciados!.. Mis armas!.. Mis armas!..

ESCENA XI.

Dichos, VICTOR y MARCIAL. La puerta del fondo se abre violentamente, y aparecen Victor trae un brazo vendado, y se lanza á su padre.

VIC. Padre mio!..

MARIA. Victor!..

BER. Hijo mio!.. *(abrazándole.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un saloncito; por el foro conduce al jardín. Puertas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD.

BER. Con que Victor me habia engañado? Su reconciliacion no fue mas que una farsa!.. Aquella ridícula disputa no seria tampoco mas que un pretesto!.. Pero entonces, por qué se han batido!.. Alguna rivalidad? No; el señor de Montelar no conoce siquiera á la señorita de Bussieres. Oh!.. yo sabré el motivo de este duelo. Para los demas no es la duda mas que una inquietud... para mi, que no puedo ver nada, para mi, la vida es un suplicio. Maria no ha querido hablar... quizás tampoco sabrá nada... Pero Marcial ha servido á Victor de padrino, él debe saberlo todo... y todo me lo dirá!.. *(llama; Marcial entra.)* Buscad á Marcial; quiero hablarle al momento.

ESCENA II.

BERNARD, MARCIAL.

MAR. Presente, general!

BER. ¿Vienes de ver á mi hijo?..

MAR. Si, general.

BER. Su herida?..

MAR. Casi nada, un arañazo.

BER. Por qué se ha batido Victor?

MAR. *(Atencion!.. he prometido callar... Diablo!)*

BER. ¿No me respondes?..

MAR. Por qué?.. Toma, vos lo sabéis mejor que yo!.. Sus palabras en el baile...

BER. Mientes!..

MAR. Voto al demonio!.. No es muy político lo que me decis, general! Pero sois mi superior en grado y en edad, y eso me basta.

BER. No puedo creer que tu, antiguo soldado, que comprendes las cosas que atañen al honor, hayas consentido en servir de segundo por una causa tan mezquina. No, tú no hubieras dejado esponer la vida de mi hijo por una niñeria.

MAR. *(Me conoce bien!)*

BER. Luego no es eso lo que ha motivado el duelo.

MAR. Puede ser que á vos os pareciera la cosa una niñeria, general!.. En cuanto á mi, la he creído muy seria... y si vuestro hijo no se hubiera batido, el señor de Montelar hubiera tenido que alinearse conmigo.

BER. Contigo! *(sorprendido.)*

MAR. Y sin elogiarme, el uno ó el otro hubiera quedado en el sitio, con doscientos diablos! *(Y creo que hubiera sido el otro!)*

BER. De modo que te apesadumbra el que ese duelo no haya tenido un resultado mas sangriento? Pero no consideras que si mi hijo hubiera perecido, á ti te habria pedido cuenta de su sangre?

MAR. A mi?..

BER. Si; á ti, por haber permitido que Victor jugase su vida por cuatro necias palabras. Marcial, si ese duelo no tenía otro origen, si no te justificas á mis ojos, diciéndome la verdad, diré que eres un insensato!

MAR. No diré lo contrario, general.

BER. Un imbécil... un loco!.. *(animándose.)*

MAR. No me opongo, general.

BER. Un miserable!.. *(exaltándose.)*

MAR. Eh? *(conteniéndose.)*

BER. Un cobarde!..

MAR. Voto á mil legiones de demonios!.. Yo cobarde!.. Bernard!.. si lo tomas de ese modo, yo te diré...

BER. Y bien, qué?..

MAR. *(conteniéndose.)* Te diré, que no pensabas de esa manera, cuando iba á tu lado en las batallas, cuando recibí en la frente este sablazo, cortando la mano del que te lo habia dirigido!.. Te diré, Bernard, ya que me obligas á ello, que puedo probarte que entiendo los lances de honor tambien como tú, y que...

BER. *(Al fin va á hablar.)* Vamos, concluye.

MAR. *(Y mi promesa?)*

BER. ¿Qué me dirás?..

MAR. *(tranquilo.)* Que el general Bernard es un valiente, y no debe gustar de conservar en su casa á un cobarde. Por consecuencia... os doy mi despedida... A Dios, general!

BER. Marcial?

MAR. Qué quereis?.. *(volviendo.)*

BER. *(Nada podré saber por este medio.)* Te prohibo que salgas de aquí.

MAR. Desde ahora no teneis órdenes que darme.

BER. Ven aquí!

MAR. Iré... si me acomoda,

BER. Yo lo quiero.

MAR. Felizmente lo quiero yo también... que sino...

BER. Dame mi frasco de ron y dos copas.

MAR. ¿Vais á beber con las dos manos? (lo toma de sobre una mesa.)

BER. Ahora acerca una silla.

MAR. Aquí está.

BER. Siéntate... Yo te he ofendido un poco.

MAR. Un poco?... Voto al diablo!.. Gracias, general!.. Si no hubierais sido vos!.. (sentándose.)

BER. Vaya, vamos, mala cabeza... El sargento Bernard te pide perdon. (tendiéndole la mano.)

MAR. Oh!.. general!.. (apretándose.)

BER. Y además... le suplica que le acompañe á beber como en nuestros buenos tiempos! Te acuerdas?... Nuestras querellas siempre concluían así... Ea!.. sirve.

MAR. Ah!.. ya comprendo!.. Espera que el ron me haga hablar!

BER. Vamos, no echas?... Me guardas rencor todavía?..

MAR. Ni por pienso! (No bebe... No beberé mas que agua.) (coje la botella del agua y se echa en su copa, despues de haber llenado de ron la otra.)

BER. Bebamos!

MAR. Bebamos!

BER. Este ron es algo mejor que el que nos vendian en la cantina, no es verdad?

MAR. (A mi mas me gustaba que esto.) Si, general. (Puach! qué cosa mas insustancial!..)

BER. Repitamos.

MAR. Tomad!.. (le echa ron.)

BER. Creo que tú no te olvidarás.

MAR. Nunca!.. (Mitad de agua y mitad de ron, (se echa agua y un poco de ron.) á ver si así euela mejor... (bebe.) Puff!.. todavía no está muy bueno que digamos!..)

BER. Marcial, se me figura que estamos en el campamento.

MAR. La víspera de Austerlitz?... Os acordais?...

BER. Vaya, acababan de nombrarme gefe de escuadron.

MAR. Dame tu copa. (cojiendo la botella del ron.)

MAR. Es que... (dudando.)

BER. Oh!.. todavía tengo firme la mano. (le echa ron.)

MAR. Basta, general, basta! (No ha dejado sitio para el agua... (llevando la copa á los labios.) Voy á hacer-selo... (bebe.) Voto al demonio!.. Si me lo he bebido todo!)

BER. Otra copa.

MAR. No, gracias; ya tengo bastante. (viendo que le va á echar ron.) No me va á dar tiempo á cargar!.. Mezclemos pronto! (cuando va á echar el agua, llena Bernard la copa.) Ya es tarde!.. la llenó!

BER. No bebes?

MAR. Si, general. (Cumplamos el sacrificio!..) (bebe)

BER. Trae. (alargando la botella.)

MAR. (cojiéndola.) No, general; vais á marearos; no bebamos mas.

BER. Bien... Hablemos!..

MAR. (Centinela... alerta!)

BER. Ahora que estamos solos... dime, Marcial... allá... en el campo... has quedado contento de Victor?..

MAR. Oh!.. encantado!.. Tiene un corazon!.. Y si no hubierasido por una rama de árbol, que le hizo resbalar; voto al diablo, que hubiera enviado al Montelar á donde merecia haber ido!.. (sin pensarlo se echa de beber.)

BER. ¿Qué ha hecho para tanto ese pobre jóven?..

MAR. Lo que ha hecho?... Tunante!.. Preguntais qué

ha hecho? No quiero pensar en ello... (bebe.)

BER. Quisiera saberlo.

MAR. (un poco aturdido.) He prometido no decir una palabra. Además, otra persona hay aquí mas enterada que yo!

BER. ¿Quién es?..

MAR. (bebiendo siempre.) Mirad, general; va á admiraros lo que voy á decir. Desde ayer se me figura que quiero menos al Emperador.

BER. Eh?..

MAR. El es la causa de todo!.. Si vuestro hijo ha estado á punto de hacerse matar esta mañana, la culpa la tiene ese grande hombre!

BER. (Vamos, ha bebido bastante!)

MAR. Ha llevado á cabo muy grandes cosas... es verdad, convenido... pero ha hecho tambien vuestro casamiento, y eso no se lo perdonaré nunca!.. nunca!.. (bebe.)

BER. Mi matrimonio?... ¿Qué significa?..

MAR. ¿No deberia haber previsto que cuando vos contarais cincuenta y seis años, ella tendria veinte y dos?... Como si no hubiera sabido que un marido nunca ve demasiado, y que vos, general, no podriais ver nada!.. Claro está, qué habia de suceder?... Que otros han visto por vos. El señorito Victor no tiene los ojos quemados por ningún pistoletazo, y del mismo modo que habia visto por su padre, no hay cosa mas natural, del mismo se ha batido por él! (bebe.)

BER. (que apenas podia contenerse.) Ah! ya sabia yo que te haria hablar!..

MAR. Eh? qué es lo que he dicho?

BER. Con que mi hijo ha arriesgado su vida por mi honor? Ha sido con un amante de la condesa contra quien Victor!

VIC. (entrando por la izquierda.) Me llamis, padre mio?

ESCENA III.

Dichos, Victor.

BER. Bien, hijo mio! (se descubre con respeto delante de su hijo.)

VIC. Padre... qué teneis?... Llorais?..

MAR. Mil bombas. (bajo á Bernard.)

BER. Oh!.. déjame que te abrace!.. Hijo querido!.. Tú eres mi orgullo, mi vida!.. Déjame que sienta latir tu corazon aquí, al lado del mio!.. Deja que mi mano débil y temblorosa estreche la tuya vengadora y firme!.. Oh! Marcial todo me lo ha dicho!

MAR. (Pataplum!)

VIC. ¿Cómo, Marcial? (mirándole.)

BER. Ah!.. me habeis engañado?..

MAR. General!.. (bajo.)

BER. (recobrándose.) Tu reconciliacion no era sincera? Te habias entendido con tu adversario para darle otra reparacion?... Si, Marcial me lo ha dicho todo!

VIC. (Respiro!) Me perdonais, padre mio?..

BER. Qué dices?... Perdonarte yo á ti, fiel y generoso guardian de nuestro honor!.. Porque por el has deramado tu sangre!..

MAR. No merece tanto ruido un lancetazo!..

VIC. Dice bien Marcial... La herida es tan ligera, que como es la hora en que acostumbrais á pasear, he venido para daros el brazo!..

BER. Gracias, amigo mio; hoy te reemplazará Marcial.

MAR. Yo!.. General... es que tengo que hacer y... (mirando al fondo.) Mirad, allí sacan dos caballos de la caballeriza, y todavía no los he echado un vistazo!..

BER. (bajo.) Todavía no me lo has dicho todo, y todo lo quiero saber!

VIC. (La carretela de la condesa enganchada tan pronto!) Pues que así lo quereis, cedo el puesto á Marcial. (bajo á Marcial.) Sé discreto!
 MAR. (La advertencia llega á tiempo!..)
 BER. Vamos.
 MAR. (mirando el frasco del ron medio vacío.) Y el cuento es que no he bebido mas que agua. (se van por el foro.)

ESCENA IV.

VICTOR, despues un CRIADO y ELENA.

VIC. ¡Pobre padre!.. Oh!.. yo te juro que esa muger no te engañará mas! Augusto, á dónde vas?.. (viendo al criado que va á entrar por la izquierda.)
 CRIA. A decir á la señora, que la carretela está pronta.
 VIC. La señora condesa queria salir antes de las ocho?..
 CRIA. Si, señor.
 VIC. Debias tú acompañarla!
 CRIA. Creo que si.
 VIC. ¿Y por qué vas sin la librea?..
 CRIA. (turbado.) Es que para ir... á donde vamos... nunca me la pongo.
 VIC. Está bien; la señora condesa ha cambiado de idea.. y no sale. (Elena aparece y oye á Victor. Sale vestida para salir.)
 CRIA. Aquí está la señora.
 VIC. (con autoridad.) Os repito que la condesa ya no sale hoy!.. Haced desengañar!..
 ELE. Esperad para hacerlo á que yo os lo mande.—Ya os llamaré.

ESCENA V.

ELENA, VICTOR.

ELE. Desde cuándo, caballero, os permitis dar órdenes contrarias á las mías? Bajo qué derecho pretendéis estorbar ó cambiar mis intenciones?... No estoy en mi casa?.. Mis criados no deben obedecer, en lo que me concierne al menos, otra voluntad que la mia.
 VIC. Señora, reconozco que he obrado mal dando á ese criado, delante de vos, una orden, que vos misma le hubierais dado.
 ELE. Yo!
 VIC. Así lo creo!.. Si estuviera en peligro la vida de mi padre, señora, y vuestra ausencia pudiera aumentar ese peligro, saldríais, señora condesa?..
 ELE. No, ciertamente. Pero felizmente el señor conde, á quien he visto pasearse en el jardín, goza de una perfecta salud y...
 VIC. Si él supiera lo que yo... si sospechára á dónde vais, señora, creéis que tanto su honor como su vida no estarían en peligro de muerte?..
 ELE. No os comprendo, caballero.
 VIC. Por favor, señora, no exijais de mi una esplicación mas estensa, que haria, por lo menos, á uno de los dos enrojecer el rostro de vergüenza!—No procureis hacerme olvidar el respeto que debo á la condesa de san Andrés, á la esposa de mi padre. Vos sabeis por qué causa me ha batido... (movimiento de Elena.) Si, lo sabeis... pero mi padre todo lo ignora. Escuchadme bien, señora. Cuando me hirió mi adversario, yo queria continuar el duelo... y si no fué así... es porque Gaston, bajo su palabra de caballero, me prometió en adelante respetar siempre el nombre de san Andrés... porque me juró, en fin, no volver á veros. Ahora bien, señora... no le hagais faltar á su promesa, porque entonces ó morirá á mis manos, ó me matará. Creo que me habreis comprendido, y que no saldreis para ir á ver al señor de Montelar; no es verdad, señora? (toca la campanilla.)

ELE. ¿Qué haceis?..

VIC. Ese criado no obedecerá mas que á vos, y le llamo para que le deis vuestras órdenes.
 ELE. Ah! (quitándose el sombrero con rabia.) Augusto, (al criado.) desenganchad!.. (se sienta.)
 VIC. Gracias, señora; olvidad á Gaston; de este modo tal vez yo tambien olvidaré. (se va por el foro.)

ESCENA VI.

ELENA.

Oh!.. es mucha insolencia!.. (levantándose.) Nunca sufriré ultrages ni amenazas!.. Al general, que ha salvado á mi padre de la deshonor... le iba á sacrificar hasta mi amor!.. Si, Dios me habia dado suficiente fuerza y resolucion para ver á Gaston por la última vez!.. Pero obedecer á ese hombre!.. Doblegar bajo su palabra mi voluntad y mis acciones?.. Aceptar en mi casa el espionaje y la tirania!.. Oh! nunca! (con resolucion.) No puedo arrojar á Victor de esta casa, pues bien, yo saldré de ella. Permanecer aqui me seria imposible, imposible! Gaston me salvará!.. (sentándose á escribir.)

ESCENA VII.

ELENA, MARIA.

MARIA. (Qué habrá pasado entre la condesa y Victor?.. Augusto me dijo, que iba á salir... Ah!.. aquí está... Escribe... á su amante tal vez!..)
 ELE. (cerrando la carta.) (Pobre Gaston!.. Esta fuga será la pérdida de su carrera, de su porvenir... Si se negará?... Oh!.. entonces no me quedaba mas que morir!.. No, no vacilará. A quién confiaré esta carta?.. Ah!) (viendo á Maria.) Mariana!..
 MARIA. Perdonadme, Señora... (acercándose.) buscaba ese velo de blondas, que queriais poneros esta mañana, y no puedo encontrarlo.
 ELE. Escuchad, Mariana, tengo una comision que daros. Hace poco me habeis probado vuestra adhesión y vuestro celo; creo que puedo contar con vos. Tomad esta carta, y llevadla á donde indica el sobre.
 MARIA. (leyendo.) (Bien me lo habia figurado!)
 ELE. (bajo.) Si el señor de Montelar ha salido, esperadle hasta que vuelva, sea cual fuere la hora; no os volvais sin la respuesta; que me la traereis inmediatamente!..
 MARIA. (friamente.) Yo no puedo llevar esa carta, señora!
 ELE. (sorprendida.) Ah!.. tambien á vos os han dado ya instrucciones?.. Está bien; pero debeis advertir, Mariana, que yo soy aqui el ama!.. Y cuando yo mando, es menester obedecerme, ó dejar mi servicio. Volvedme pues esa carta. (Maria la rompe sin responder.) ¿Qué haceis?..
 MARIA. Impedir que la mandeis por otro conducto, señora.
 ELE. ¡Qué audacia!
 MARIA. Porque esta carta haria batirse otra vez á dos hombres, que ya lo han hecho... y yo no quiero que esto suceda!
 ELE. Estoy soñando!
 MARIA. Mi negativa os sorprende y os confunde!.. Ya se vé, me habeis visto tan dócil y complaciente la otra vez!.. Oh! es que entonces la vida de Victor estaba amenazada. Lo que estais haciendo, señora condesa, es inaudito... Engañar á un esposo, es infame!.. Deshonrar á un hombre ciego, es un crimen!.. Y yo no quiero ser cómplice de un crimen.
 ELE. Mariana... Está loca!
 MARIA. Oh!.. no!.. Leo en vuestro corazon como en un libro!.. Por ese Gaston... lo sacrificareis todo!.. pero

desde ahora por todas partes me encontrareis para deciros: Condesa de san Andrés, acordaos de vuestra honra!..

ELE. Pero esto es un suplicio!.. Salid... os echo de mi casa!..

MARIA. Echadme!.. A mi! (*aterrada.*)

ELE. Salid, os digo... ó llamaré!

MARIA. Y á quién llamareis?.. (*levantándose.*) Quién puede castigar aquí, cuando se atreven á desobedeceros? El general Bernard?.. Pues bien, llamadlo!.. El querrá saber por qué se me echa; que venga pues... y lo sabrá!..

ELE. Oh!.. humillada!.. Desafiada por una criada... que me veo forzada á conservar á mi lado!.. En mi casa!.. En mi casa, cuando me insulta!.. Cuando me roba!.. (*viniéndola una idea.*)

MARIA. Oh! señora. (*tranquila.*)

ELE. Si; vos quereis hacer creer, que habeis sorprendido un secreto, para que se os compré vuestro silencio... pero no habeis querido esperar á que se os de el precio... os le habeis tomado!..

MARIA. Yo?..

ELE. Si, ese velo de blonda dónde está?.. Lo necesito.. dadmelo!..

MARIA. Ya os he dicho, señora, que no he podido encontrarlo en vuestro aposento!..

ELE. Porque sin duda estará en el vuestro!.. Dadme la llave de vuestra cómoda... ¿Dudais, segun parece?..

MARIA. Tomadla, señora!.. (*con calma.*) Hojalá vuestra conciencia esté tan tranquila como la mia!..

ELE. (Oh!.. yo perderé á esta muger!) (*se va.*)

ESCENA VIII.

MARIA, CRIADO.

MARIA. Oh! qué vergüenza!.. Victor, por ti solo sufro la arrogancia de esa muger; por ti arrostraré su cólera... porque es menester que permanezca en esta casa, para defender el honor de tu padre y tu vida.

CRIA. (*con una carta.*) No estaba aquí el señorito Victor?

MARIA. Está en su cuarto; ¿què le queriais?..

CRIA. Acaban de traerle esta carta, diciendo que es urgente.

MARIA. Sabeis por casualidad, si es del señor de Montelar?..

CRIA. Bien podrá ser, aunque nolo aseguro.

MARIA. Dadmela; yo se la llevaré. (*se la da, y se va.*)

ESCENA IX.

MARIA.

Dios mio!.. Por qué he temblado al tocar este papel?.. Por qué se agita mi corazón!.. ¿Será un presentimiento?.. Un aviso de Dios?... Si, esta carta debe ser de Gaston... Si me atreviera... ¿quizás otro encuentro?.. Soy su madre, y dudo.. no!.. (*rompe el sobre.*) Yo sabré lo que contiene!.. «Victor, buena noticia!.. todo está arreglado, hermano mio... ya puedo darte este título. Mis padres, vencidos al fin por mi elocuencia y por las lágrimas de Clotilde... A todo se allanan... Tu madre, viva ó muerta, ya no es ningun obstáculo.»— Dios mio!.. he leído bien?... «La irregularidad de tu nacimiento á nada se opondrá, porque, gracias á mis gestiones, tengo la certidumbre de que el general será autorizado para que pueda transmitir á su hijo el título de conde de san Andrés. Hasta la tarde; tu hermano Edgardo.» Victor!.. hijo mio!.. viva ó muerta, tu madre no será un obstáculo!.. si, está escrito!.. Gracias, Dios mio!.. Podré vivir, y vivir para mi hijo, para ver su felicidad!..

ESCENA X.

MARIA, VICTOR.

VIC. Os buscaba, Mariana.

MARIA. A mi? (*doblando la carta.*)

VIC. Si; Augusto me ha dicho, que teneis una carta que darme.

MARIA. Una carta?.. Si!.. (*turbada.*)

VIC. Dadmela.

MARIA. Es que...

VIC. Será de Edgardo, y estoy ansiando leerla!.. Dadmela!..

MARIA. Aquí está! (*tímidamente.*)

VIC. Qué veo!.. El sello roto!.. Quién se ha atrevido!.. La condesa, sin duda!

MARIA. No, señor; he sido yo...

VIC. Vos, Mariana?.. Imposible!..

MARIA. Esa carta podia haber sido del señor de Montelar...

VIC. Y aun cuando asi fuera?

MARIA. Oh!.. si fuera asi, no os la hubiera dado!

VIC. Habeis hecho mal, Mariana!.. Solo á mi padre le concederia el derecho de abrir mis cartas!..

MARIA. ¿Y á vuestra madre?..

VIC. ¿A mi madre?.. Oh!.. si existiera!..

MARIA. Comprenderiais entonces que velára por vos, no es verdad?.. Pues bien, señor Victor; lo que hubiera hecho vuestra madre, yo lo he hecho!

VIC. Mariana, vos sois una amiga fiel y sincera, ya lo se; pero no sois...

MARIA. No soy vuestra madre, no es eso?.. Cómo podria serlo yo, una infeliz.. criada!.. Y sin embargo, la que el sargento Bernard llamó su esposa á los ojos de Dios, la que confiada en su buena fé y en su palabra le entregó su vida y su honor, no era mas que una desgraciada huérfana, educada por la caridad de un santo sacerdote. Señor Victor!.. Si ahora se os presentara, tal vez os avergonzariais de ella!..

VIC. Ah!.. no, la respetaria!.. Mariana.

MARIA. Hariais bien... porque vuestra madre, siempre fué estimada, venerada de todos! Ella, que no podia combatir como el soldado, tenia su valor, sino su fuerza!.. Corria entre el fuego enemigo á buscar á los pobres heridos... A mas de un valiente le salvó la vida, y en mas de un corazón ha quedado su memoria!.. No, no teneis que avergonzaros de vuestra madre!..

VIC. Pero ha muerto!..

MARIA. Nunca se ha podido encontrar la prueba...

VIC. Es verdad!.. Ah! madre mia!.. cuánto te adoraria, si volvieras!

MARIA. (*con precipitacion.*) De veras? Aunque la vieis, despues de catorce años de cautividad y de penas, venir á vos como yo he venido?.. Aunque para entrar en esta casa, á dónde mandaba la muger legítima del general, hubiera tenido que consentir en ser... lo que yo soy... una criada?..

VIC. Dios mio!..

MARIA. Todo esto lo ha hecho por ver á su hijo. Pobre madre!.. No, vos no os hubierais avergonzado, no os avergonzareis de esta muger, que aunque tenga que pasar como una criada para todos, para ti, Victor!.. para ti, siempre será tu madre!..

VIC. Madre mia! (*arrojándose en sus brazos. Pausa.*)

MARIA. He faltado á la promesa que hice á Bernard... Para callar se necesitaba la virtud de un angel... y yo no soy mas que una madre, que adora á su hijo!.. Si, Victor!.. si, yo soy tu madre!..

VIC. Ah!.. por eso os amaba tanto, madre mia!.. Madre mia, oh!.. qué bien, qué dulcemente suena esta

palabra!.. Por estas caricias... por encontraros, creedme, hubiera dado honores, riquezas, todo!..

MARIA. (sonriendo.) Hasta el amor de la señorita de Bussieres?..

VIC. Madre mia, os he encontrado... os abrazo, y olvido al mundo entero!..

MARIA. Y tambien esta carta de Edgardo, hijo mio?

VIC. Ah!.. es de él?.. Pero qué me importa ahora?.. Dejadme espresaros mi alegría!..

MARIA. Victor, leela... no comprendes que cuando te la he dado, cuando te ruego que la leas, es porque te anuncia la felicidad?.. Lee.

VIC. (despues de leer.) Qué veo!.. Ya nada se opone entre Clotilde y yo!.. Cielos, tanta felicidad no puede durar!.. Es demasiado!..

MARIA. Sin el contenido de esta carta, Victor, crees tú que te hubiera dicho quién era?..

VIC. Oh!.. pero es menester que todos lo sepan!.. Quiero que todo el mundo os respete y obedezca aqui!..

MARIA. No piensas que tu madre no puede estar un momento bajo el mismo techo que la condesa de san Andrés?.. Quieres ya que nos separen?.. Qué necesidad tengo de consideracion ni de respeto?.. Que yo sepa que mi hijo me ama, que cuando estemos solos me llame su madre, eso es cuanto necesito!.. Viene gente!.. Es la Condesa... Victor, yo te lo suplico, hasta que háyamos consultado con tu padre, no digas ni una sola palabra, que pueda hacer sospechar este secreto.

VIC. Os juro esperar á que háyamos hablado con el general, madre mia. Hasta luego, voy á la Biblioteca, alli os espero, tengo tanto que deciros!.. (la besa la mano y se va.)

ESCENA XI.

MARIA, ELENA.

ELE. Todavia estais aqui?.. Vuestro descaro es increíble!..

MARIA. Ahora menos que nunca puedo marcharme.

ELE. Con que quereis quedaros aqui!.. Y eso me lo decis á mi, que vengo de vuestro cuarto!..

MARIA. Y qué, señora?

ELE. Semejante hipocresia es admirable!.. Cómo no habeis pensado, antes de entregarme esta llave, en destruir esta carta, que ella guardaba?..

MARIA. Cielos!.. la carta del Padre Sulpicio!

ELE. Ahora ya sabemos quién sois!..

MARIA. (Si Victor la oyera!..) Por piedad, señora!..

ELE. Ah!.. ya no me provocais?.. Se humilla vuestro orgullo!.. Desgraciada!.. Mi conducta os indignaba á vos, que estabais sentenciada!..

MARIA. Mas bajo... señora!.. Por piedad, mas bajo!..

ELE. Sentenciada por robo!..

ESCENA XII.

Dichas, y VICTOR.

VIC. Mentis, Señora! (con fuerza.)

ELE. Ah! nos espiabais?..

VIC. Mariana debe ser respetada por vos!..

ELE. No sabeis, caballero, lo que es esa muger?..

VIC. Sé... que es mi madre!..

ELE. Su madre!.. Su madre!..

MARIA. (bajo.) Ah!.. señora! Callad por él!..

ELE. Oh!.. ahora yo tambien puedo llamar al general, y si me pregunta por qué os echo, le contestaré: porque está sentenciada por robo, porque se llama Maria Dubal!..

VIC. Maria Dubal!.. Mi madre!.. Ah! (cae desmayado.)

MARIA. Ah!.. señora!.. (corriendo á él.) Habeis muerto á mi hijo!..

ELE. Ahora... salid de esta casa!..

BER. (en el fondo, á Elena con sequedad.) Quien saldrá de ella sois vos!..

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Un gabinete de estudio ricamente adornado con cuadros y esculturas.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD, MARIA.

BER. Infame!.. lejos de justificarse... acusa!.. Amenaza!.. y no se ha levantado mi brazo para aniquilarla!.. Oh!.. merezco mi vergüenza!.. Soy un villano!..

MARIA. Oh!.. no digas eso, Bernard!.. Yo admiro, y bendigo tu valor de padre!..

BER. Ya lo has oido tú misma!.. Impone condiciones!..

MARIA. Y qué importa?.. Es menester concederla todo cuanto exija. Si no se tratase mas que de mi, yo te diria: Déjala que me pierda, y venga tu honor ultrajado; pero Victor sabe que soy su madre, la suerte de Victor queda resuelta. Que me entregue á los tribunales, y pierdes á tu hijo!..

BER. Esa alternativa es horrible!..

MARIA. Yo sola soy culpable de todo, porque no he querido morir sin volver á ver á mi hijo!.. Porque no he querido comprender que no habia lugar posible para mi entre el general y su hijo. Mi delito es grande, pero puedo nivelarlo con la espacion!..

BER. Qué intentas, Maria?..

MARIA. Merecer la piedad de la que nos separa, por mi hijo!.. La condesa de San Andrés no entregará á Maria Duval, si para ello tiene que abrir y profanar el atahud de Mariana.

BER. Infeliz!.. Quieres morir!..

MARIA. Si, para no deshonrar á mi hijo!

ESCENA II.

Dichos, MARCIAL.

MAR. General!..

BER. (á Maria.) (Silencio!..) Qué quieres?..

MAR. Vengo de ver al señor Victor.

BER. Y bien?.. (levantándose.)

MAR. Está mucho mejor... y quiere veros, General!

MARIA. Id pronto.

BER. Si, al instante!

MAR. Yo creo que le seria mas agradable veros á los dos juntos, voto al demonio!..

MARIA. Es imposible, Marcial!

MAR. Por qué!.. Por causa de la otra?.. Bah!..

MARIA. Mándale que la respete!.. (á Bernard.)

MAR. Acaso se deben guardar consideraciones... con una!..

BER. Silencio, Marcial! Te prohibo hablar así de la Condesa de san Andrés.

MAR. Cómo!.. Despues de lo que os he dicho?..

BER. Tú no me has dicho nada, ni yo sé nada... nada quiero saber!..

MAR. Eso es diferente, general!

BER. Maria, espérame aqui, tengo que hablarte, y necesito, cuando vuelva, encontrarte en este sitio!

MARIA. Aqui te esperaré; te lo prometo. (Bernard sale con Marcial.)

ESCENA III.

MARIA, despues EDGARDO.

Se lo que quiere Bernard!.. Espera vencer mi resolucion!.. no lo logrará. Por qué querer conservar la triste vida, cuando por medio de nuestra muerte se puede labrar la felicidad de otros?.. Por el contrario, ahora estoy segura de que mi hijo me llorará!..

EDG. (Ella es!) (entrando por el foro.) Estais sola?..

MARIA. Ah!.. sois vos, señor Edgardo?.. Queriais hablar á vuestro amigo Victor?.. Creo que en este momento no es posible.

EDG. No es á él á quien venia á buscar... era á vos!

MARIA. A mí?..

EDG. Si, á vos misma, si no mienten las señas que he tomado!

MARIA. Qué queréis decir?.. (turbada.)

EDG. Se sabe que vos os llamais...

MARIA. Mariana.

EDG. No, sino Maria Duval.

MARIA. Ah!.. Dios ha querido descargarme el último golpe!..

EDG. No os alarmeis, Maria. (con interés.) Aunque no he comprendido bien al que me envia, puedo aseguráros sin embargo, que si abrigais en el fondo de vuestro corazón una esperanza, un deseo, largo tiempo esperado, para que veais realizarse, es para lo que vengo á deciros: apresuraos, Maria, seguidme!..

MARIA. Seguiros!.. A dónde?

EDG. Al lado de un moribundo; que os conoce, que os llama, que quiere veros antes de comparecer ante Dios! No ha renunciado á la idea de hacerse transportar aquí, hasta que yo le he convencido de que si lo hacia, moriria antes de llegar hasta vos.

MARIA. Un moribundo que me llama?.. Decidme solo una palabra!.. Sabeis si ese hombre me ha escrito alguna vez?..

EDG. Le he oido hablar de una carta que os dirigió á la aldea de Sielsberg.

MARIA. Oh!.. eso es!.. eso es!.. (con alegría.) hijo mio!.. (á Edgardo.) Entonces conocerá al Padre Sulpicio?..

EDG. Ese es el nombre del sacerdote que le asiste en este momento!

MARIA. Ah!.. apresurémonos!.. (cogiendo la mano de Edgardo.) Venid pronto, caballero!.. Ese hombre puede espirar antes que lleguemos!

EDG. Si, corramos! (sale con ella por el foro. Marcial sale por la derecha.)

ESCENA IV.

MARCIAL, con una carta.

Una cartita para la Condesa!.. Reconozco la letra; es del maldito mozalvete! Y qué perfumadita!.. (oliéndola.) Voto al diablo! A mi me huele á demonios!.. Prefiero el olor de la pólvora! Por mi gusto se la entregaria al general... pero despues de lo que acaba de decirme, no tengo mas que obedecerle!.. Respetar la consigna, aunque esta sea dejar pasar al enemigo en vez de asestarle una bala al corazón!.. La llevaré á su destino!..

ESCENA V.

ELENA, MARCIAL.

ELE. A dónde está el señor conde?..

MAR. Al lado de su hijo.

ELE. Y esa muger, que vos me recomendasteis?

MAR. Mariana?.. Acaba de salir.

ELE. Mejor direis Maria!.. Ya veis que la conozco

bien, y ha salido para no volver mas!.. Porque yo la he echado!..

MAR. Echado!.. Vos!.. A ella?

ELE. Si, yo!.. Me ha faltado al respeto que se me debe. Y cualquiera que piense en imitarla, puede disponerse á seguirla!

MAR. Eh?..

ELE. No quiero sufrir en mi casa ni espías, ni criados insolentes!..

MAR. Lo decis eso por mí? Me haceis un favor!.. Voto va al diablo!.. Seguiré á Maria, que vale por cien condesas como vos! Nada!.. no os altereis!.. Podeis dar mi despedida al señor conde!.. Tanto peor para él! Tanto peor para mí!.. Mañana saldré de la casa!

ELE. Qué me place!

MAR. (Si; pero no me irá sin decirle todo lo que siento aquí... voto al infierno!..)

ELE. Para quién es esa carta que llevais en la mano?

MAR. Ah!.. es verdad, lo habia olvidado!.. Es para vos!..

ELE. Dádmela!..

MAR. Es... de él! (con intencion.)

ELE. De él? Dejádme! (mirando la carta.)

MAR. Con mucho gusto!.. (Hum!.. Napoleon debia haber fusilado á todas las condesas!.. Voto va al diablo!..)

ESCENA VI.

ELENA, sola.

Cielos!.. qué he leído!.. No puede ser él quien me escribe!.. «Adios, señora; salgo de Francia, y ya nunca oireis hablar de mí!... Arrepentido sinceramente de mi culpable conducta para con ese ilustre anciano, he jurado, despues de haber desarmado á su noble hijo, el mas leal y generoso de los adversarios, hacerle el sacrificio de un amor, que si antes fue una cobardia, ahora seria un crimen!.. Olvidadme; ese será mi castigo... y ese es vuestro deber!...» Mi deber!... (tirando la carta.) Me habla de beber!.. Oh! ya no me ama!.. Me desprecia!.. Despreciada por él!.. Desgraciada!.. Mejor seria la muerte!.. (cae sentada en un sillón.)

ESCENA VII.

BERNARD, ELENA.

BER. (Pobre Victor!.. queria alejarse!.. Escribir inmediatamente para romper su proyectado enlace!... Infeliz!... Por fin he conseguido hacerle esperar hasta mañana.)

ELE. (sollozando.) (Cruel!.. Todo se lo habia sacrificado!.. Mi reposo, mi vida, mi estimacion, hasta el honor de mi marido, y me abandona!..)

BER. Sollozos?.. Eres tú, Maria?..

ELE. (El general!)

BER. Lloras... pobre Maria!.. En el momento de cumplir el sacrificio, el valor te abandona, no es verdad?

ELE. (Qué querrá decir?..)

BER. Sin embargo, es menester consumarlo!... Merecida ó no, no se puede vivir con la deshonra!.. Y como esta deshonra nos alcanza á los dos... vengo á deciros: Maria, es preciso morir juntos!..

ELE. (Gran Dios!)

BER. No creas que mis palabras son efecto de un momento de desesperacion... No, estoy frio, tranquilo, y solo cedo á la imperiosa necesidad!... Para justificar mi muerte, reflexiona tú misma, Maria, cual seria mi vida en adelante!.. Despues de ti, de ti, que eres la única muger á quien he amado... solo me queda una joven, en quien habia depositado toda mi confianza!..

Me complacia con orgullo en rodearla de las mayores consideraciones... Mi respeto hacia ella era para todos una santa aureola, que brillaba en su frente.... Yo, pobre ciego, que para dar un paso necesito un guía, la llamaba en mi reconocimiento... mi ángel... mi luz!... La engrandeci con mi nombre, la di lujo, riquezas... todo cuanto podia hacer brillar á una muger... Salvé á su padre de la ruina! Pues bien, esa desgraciada ha olvidado indignamente sus deberes!...

ELE. (Es verdad, Dios mio!..)

BER. Separarme de Elena con escándalo, no puede ser, Maria!... Porque ella te entregaria á los tribunales, y no puedes probar tu inocencia, desgraciada!..

ELE. (Es inocente!)

BER. La que lleva mi nombre pagará con su silencio, así lo creo, la libertad que voy á darla. Si, tú lo has dicho, Maria... Estando una tumba de por medio, la condesa de San Andrés no descubrirá el fatal secreto. (saca el frasco de opio del bolsillo y lo pone sobre la mesa.) Esa bebida me ha procurado muchas veces la calma y el sueño; que nos dé ahora el reposo eterno!

ELE. (Oh!.. no debo permitirlo!) (hace un movimiento para coger el frasco, Bernard pone la mano encima. Elena retrocede.)

BER. Escúchame, Maria!.. Nuestra suerte está ahora decidida!... A ella debemos someternos!.. Pero antes nos queda un deber que cumplir. Acuérdate que en otro tiempo, la víspera de una batalla, íbamos generosamente á tender la mano á todos los que antes nos habían ofendido, para poder morir con el corazón libre de las malas pasiones de la tierra... Pues bien, pongamos en práctica esta inveterada costumbre, y perdonemos á nuestros enemigos. (con bondad.) Elena de Beauferrand, no puedes oirme, pero delante de Dios yo te perdono!... (Elena, que ha seguido los movimientos del general, cae á sus pies. Bernard, bajando los brazos, la toca.) Tú tambien imploras su perdon? Bien, Maria! (Elena arrodilla, llorando, cubre de besos y lágrimas las manos del general.) Maria, por qué viertes estas ardientes lágrimas?.. Ah!.. si, comprendo. . adivino tu deseo!.. Quieres abrazar á tu hijo por última vez, y no osas pedirmelo!... Vé, pobre madre!... Obedece al impulso de tu corazón!.. Aqui te espero!.. Imprime en su frente el último beso!..

ELE. (Si; adios!.. adios!..) (se levanta precipitada; va á la mesa, coge el frasco de opio, y huye desparorida.)

ESCENA VIII.

BERNARD.

Pobre madre!.. Que al menos tenga ese triste y supremo consuelo!.. Pero si la vista, los abrazos de su hijo la ligaran de nuevo á la vida!... Debo esperar á qué vuelva? No! (va á la mesa donde dejó el opio.) Ese frasco!.. yo lo he puesto aqui!.. (buscándolo con agitacion.) No está!.. no!.. nada!.. Cielos!.. Maria!.. ha tenido el mismo pensamiento!.. Cómo impedir?... A dónde encontrarla!... Desgraciada!.. Maria!.. Maria! (llamando desesperado.)

ESCENA IX.

BERNARD, MARIA, MARCIAL.

MARIA. Bernard... amigo mio!.. (vivamente.)

BER. Ah!.. (llevando la mano al corazón.)

MARIA. Marcial, corre á buscar á mi hijo!..

MAR. Voy á paso de carga. (vase.)

MARIA. Bernard, lo oyes?.. Digo, mi hijo en alta voz!..

Sin miedo!.. Ah!.. es que ahora puedo confesar que soy su madre!..

BER. Qué es esto?.. Llamas á Victor?.. No vienes ahora mismo de verle. No estabas ahora poco conmigo?..

MARIA. Vengo de ver al Baron de Tourville.

BER. Al Baron de Tourville!..

MARIA. Si, conducida por el señor Edgardo de Bussiéres, que vino á buscarme en su nombre, fuí introducida á la cabecera del lecho del enfermo, que estaba á punto de espirar. Su cuarto estaba lleno de personas que le asistian. Entre ellas habia un sacerdote y un magistrado. El moribundo, cuyas fuerzas se habian agotado esperándome, reposaba en su lecho de dolor, pálido, inmóvil, con apagados ojos!.. Su dolorido pecho apenas dejaba escapar un soplo de su ronco aliento!.. Cuando yo entré, todas las miradas se volvieron hacia mi; un murmullo de lástima circuló por la cámara sombría, y de boca en boca oí repetir... ya es tarde... ya es tarde!.. Nunca es demasiado tarde para reparar el mal, exclamé yo, que presentia cercana mi justificacion... Entonces abriéndome paso hasta el lecho del desgraciado, dije, confiando en la divina Providencia: Dios no puede haberme dejado entrever semejante esperanza, si no ha de realizarse!.. Para esto se necesita un milagro de su infinito poder. Yo os lo pido, Dios mio!.. El milagro se hizo... La muerte retrocedió á mi voz. Los ojos, que se cerraban para siempre, se abrieron brillantes!.. El corazón, que ya dejaba de latir, se reanimó al punto, y la conciencia del culpable, por el cual he estado espiando el crimen durante catorce años, pudo hablar, para acusarse delante de los hombres de la fealdad de su delito, antes de ir á ofrecer su arrepentimiento á Dios, que lo llamaba!..

BER. Justificada!.. Maria!.. Se ha reconocido tu inocencia!..

ESCENA X.

Dichos, VICTOR, MARCIAL, despues ELENA.

VIC. Ah!.. madre mia!.. (arrojándose á los brazos de Maria.) Madre mia, perdon por haber dudado de vos!..

MAR. Ahora ya pueden echarnos de aqui!.. Tendremos el derecho de poder llevar erguida la cabeza... y hacérsela bajar á otros, voto al Diablo!..

BER. Pero hace poco... (iluminado por una idea.) hablaba aqui con una muger, que estaba arrodillada á mis pies... Si no eras tú, Maria, quién estaba aqui?

ELE. Yo, Bernard! (apareciendo pálida y con el cabello suelto.)

BER. Vos!..

MARIA. Cielos, qué palidez!..

VIC. y MARIA. Vacilais, señora!.. (sosteniéndola.)

ELE. Bernard... Maria!.. (con cortadas palabras.) Ya estais vengados!.. Yo misma me he castigado!..

BER. Desgraciada!..

MARIA. Socorro!.. Es preciso socorrerla!..

ELE. Es inútil!.. Me siento morir!.. Solo necesito que me olvideis... despues de... perdonarme! (cae en el suelo. Victor y Maria la sostienen de rodillas.)

MAR. Digno fin de su vida!..

BER. (con magestad.) Silencio!.. Ya solo debemos darle Perdon y Olvido!..

FIN DEL DRAMA.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, mun. 13.

Continúa la lista inserta en las páginas anteriores.

<i>Antes usted con bromas, t. 1.</i>	5	5	<i>Fé, esperanza y Caridad, t. 5.</i>	5	8	<i>Maria Rosa, t. 5 y pról.</i>	5	10	Zarzuelas con música, propiedad de la Biblioteca.	
<i>Atacuartel desde el convento, t. 3</i>	6	9				<i>Marido tonto y mujer bonita, t. 1</i>	2	5		<i>Geroma la castañera, o. 1.</i>
<i>Aranjuez, Tembleque y Madrid, t. 3.</i>	5	13				<i>Mas es el ruido que las nueces, t. 1.</i>	1	2		<i>El biolon del diablo, o. 1</i>
<i>Abuen tiempo un desengaño, o. 1</i>	2	5				<i>Margarita Gautier, ó la dama de las camelias, t. 5.</i>	5	10		<i>Todos son raptos, o. 1.</i>
<i>A Manila! con dinero y una esposa, t. 1.</i>	5	4				<i>Mi muger no me espera, t. 1.</i>	3	2		<i>La paga de Navidad, c. 1.</i>
<i>Ah!!! t. 1.</i>	3	5	<i>Hablar por boca de ganso, o. 1.</i>	2	2	<i>Monck, ó el salvador de Inglaterra, t. 5.</i>	2	9		<i>Misterios de bastidores, (segunda parte), o. 1.</i>
			<i>Haciendo la oposion, o. 1.</i>	1	2					<i>La batelera, t. 1.</i>
										<i>Pero Grullo, o. 2.</i>
										<i>El ventorrillo de Alfarache, o. 1</i>
										<i>La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.</i>
<i>Bodas por ferro-carril, t. 1</i>	2	3	<i>Juan el cochero, t. 6 c</i>	2	8	<i>Narcisito, o. 1.</i>	1	4	<i>El amor por los balcones, zarz. 1.</i>	
<i>Beso á V, la mano, o. 1.</i>	2	5	<i>Jocó, ó el orang-után, t. 2,</i>	1	5				<i>El tio Pinini, 1.</i>	
						<i>Ó la pava y yo, ó ni yo ni la pava, t. 1.</i>	2	5	<i>La fábrica de tabacos, 2.</i>	
									<i>El 15 de mayo, 1.</i>	
<i>Consecuencias de un peinado, t. 3</i>	4	8							<i>D. Esdrújulo, 1.</i>	
<i>Cuento de no acabar, t. 1.</i>	2	2							<i>El tio Carando, 1.</i>	
<i>Cada loco con su tema, o. 1.</i>	1	3	<i>Los calzones de Trafalgar, t. 1.</i>	2	2				<i>Lino y Lana, 1.</i>	
<i>46 mugeres para un hombre, t. 1.</i>	4	5	<i>La infanta Orizna, o. 3 magia.</i>	3	15				<i>Tentaciones! 1.</i>	
<i>Conspirar contra su padre, t. 5.</i>	1	10	<i>—pluma azul, t. 1.</i>	3	6	<i>Pipeles cantan, o. 5.</i>	3	4		
<i>Claudia, t. 5</i>	1	10	<i>—batelera, zarz. 1.</i>	1	2	<i>Pedro el marino, t. 1.</i>	2	3		
<i>Carlos y Maria, ó luchas del bien y del mal, magia, t. 5.</i>	5	5	<i>—dama del oso, o. 5.</i>	1	2	<i>Por un retrato, t. 1.</i>	2	3		
<i>Celos maternos, t. 2.</i>	5	5	<i>—ruca y el canamazo, t. 2.</i>	5	6	<i>Pagar con favor agravio, o. 4.</i>	2	6		
<i>Calavera y preceptor, t. 5.</i>	3	5	<i>Los amantes de Rosario, o. 1.</i>	1	2	<i>Paulo el romano, o. 1.</i>	2	6		
<i>Como marido y como amante, t. 1.</i>	1	2	<i>Los votos de D. Trifon, o. 1.</i>	2	3	<i>Por qué? t. 1.</i>	2	3		
			<i>La hija de su yerno, t. 1.</i>	5	5	<i>Pepeya la solerosa, z. 1.</i>	2	3		
			<i>La cabaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6 c.</i>	5	15	<i>Por tierra y por mar ó el viage de mi muger, t. 5.</i>	5	12		
			<i>La novia de encargo, o. 1.</i>	2	3	<i>Por veinte napoleones!! t. 1.</i>	1	5		
			<i>La cámara roja, t. 5 a. y 1 pról.</i>	2	10	<i>Perdon y olvido, t. 5.</i>	2	6		
<i>Des familias rivales, t. 5.</i>	2	8	<i>La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.</i>	2	5				<i>El tio Caniyitas, 2.</i>	
<i>Don Raperto Culebrin, comedia zarz., o. 2.</i>	4	12	<i>La suegra y el amigo, o. 5.</i>	3	5				<i>La sal de Jesus! 1.</i>	
<i>D. Luis Osorio, ó vivir por arte del diablo, o. 5.</i>	5	20	<i>Luchas de amor y deber, ó una venganza frustrada, o. 3.</i>	2	8				<i>Es la Chachi, 1.</i>	
<i>Dido y Eneas, o. 1.</i>	1	2	<i>Las obras del demonio, t. 3 y pr.</i>	5	9	<i>Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 5.</i>	4	2	<i>Lola la gaditana, 1.</i>	
<i>D. Esdrújulo, z. 1.</i>	1	1	<i>La maldicion ó la noche del crimen, t. 5 y pról.</i>	4	5				<i>La gitana de Madrid, 1.</i>	
			<i>La cabeza de Martin, t. 1.</i>	2	4				<i>Jocó ó el orang-után, 2.</i>	
			<i>Lisbet, ó la hija del labrador, t. 3</i>	6	11					
			<i>Las ruinas de Babilonia, o. 4.</i>	2	14					
			<i>Los jueces francos ó los invisibles, t. 4.</i>	5	13					
			<i>Llueven cuchilladas ó el capitán Juan Centellas, z. 5.</i>	2	9	<i>Sara la criolla, t. 5.</i>	5	7		
<i>El 15 de mayo! o. 5.</i>	2	10	<i>Los cosacos, t. 5.</i>	5	14	<i>Subir como la espuma, t. 5.</i>	4	8		
<i>... diablo alcalde, o. 1.</i>	1	4	<i>La procesion del niño perdido t. 1</i>	5	6	<i>Simon el veterano, t. 4 pról.</i>	5	10		
<i>El espantajo, t. 1.</i>	2	2	<i>—plegaria de los naufragos, t. 5</i>	5	10	<i>Saland! t. 4.</i>	2	11		
<i>El marido calavera, o. 5.</i>	2	5	<i>—venganza en la locura, t. 3.</i>	5	10	<i>Samuel el Judío, t. 4.</i>	2	13		
<i>El camino mas corto, o. 1.</i>	2	5	<i>—posada de la cabeza negra, t. 5.</i>	4	7				<i>Tres pájaros en una jaula, t. 1</i>	
<i>El quince de mayo, zarz. o. 1.</i>	3	5	<i>—fatal semejanza! t. 5.</i>	2	8				<i>Tres monstras de una mona, o. 3</i>	
<i>Economías, t. 1.</i>	4	5	<i>—hija de la favorita, t. 5.</i>	1	9				<i>Tentaciones!! z. 1.</i>	
<i>El cuello de una camisa, o. 3.</i>	3	7	<i>—azucena, o. 1.</i>	1	9					
<i>El biolon del diablo, o. 1.</i>	2	3	<i>—meziza, ó Jacobo el corsario, t. 4.</i>	2	8					
<i>El amor por los balcones, zar. 1.</i>	3	2	<i>Los muebles de Tomasa, t. 1.</i>	2	5	<i>Viva el absolutismo! t. 1.</i>	5	5		
<i>El marido desocupado, t. 1.</i>	3	7	<i>La fábrica de tabacos, zarz. 2.</i>	2	8	<i>Viva la libertad! t. 4.</i>	5	6		
<i>El honor de la casa, t. 5.</i>	4	11	<i>Loho y Gordero, t. 1.</i>	2	5					
<i>Elena, o. 5</i>	4	11	<i>La casa del diablo, t. 2.</i>	3	5					
<i>El verdugo de los calaveras, t. 3.</i>	5	7	<i>La noche del Viernes Santo, t. 5.</i>	4	5					
<i>El botiquero del Emperador, t. 5.</i>	2	8	<i>Las minas de Siberia, t. 5.</i>	5	10					
<i>El castillo de los espectros, t. 5.</i>	2	8	<i>Lo mentira es la verdad, t. 1.</i>	2	4	<i>Una mujer cual no hay dos, o. 1</i>	1	3		
<i>El cielo y el infierno, magia, t. 5</i>	4	5	<i>La encrucijada del diablo, ó el puñal y el asesino, t. 4.</i>	4	11	<i>Una suegra, o. 1.</i>	3	5		
<i>El secreto de un soldado, t. 5.</i>	4	5	<i>La juventud de Luis XIV, t. 5.</i>	4	14	<i>Un hombre célebre, t. 5.</i>	5	4		
<i>El noble y el plebeyo, t. 3.</i>	4	5	<i>—buena ventura, t. 5.</i>	4	8	<i>Una camisa sin cuello, o. 1.</i>	5	4		
<i>El reino de las Hadas, magia, t. 4</i>	5	2	<i>—ilusion y la realidad, t. 4.</i>	5	8	<i>Un amor insoportable, t. 1.</i>	2	5		
<i>El castillo de Penhoel ó los angeles de familia, t. 5.</i>	5	2	<i>—huérfana de Flandes ó dos madres, t. 5.</i>	5	5	<i>Un ente susceptible, t. 1.</i>	2	4		
<i>El yerno de las espinacas, t. 1.</i>	5	4	<i>Los boleros en Londres, z. 1.</i>	1	6	<i>Una tarde aprovechada, o. 1.</i>	1	5		
<i>El judío de Venecia, t. 5.</i>	4	14	<i>La conciencia, t. 5.</i>	5	12	<i>Un suicidio, o. 1.</i>	2	5		
<i>El adivino, t. 2.</i>	4	14	<i>—hechicera, t. 1.</i>	1	4	<i>Un viejo verde, t. 1.</i>	1	2		
<i>El amor en verso y prosa, t. 2.</i>	3	5	<i>—hija del diablo, t. 3.</i>	4	4	<i>Un hombre de Lavapies en 1808, o. 3.</i>	2	10		
<i>El ahorcado!! t. 5.</i>	2	5	<i>—desposada, t. 5.</i>	4	4	<i>Un soldado voluntario, t. 5.</i>	4	7		
<i>El tio Pinini, zarz. 1.</i>	6	10	<i>Lo que son hombres!! t. 3.</i>	1	3	<i>Urban Grandier, t. 5.</i>	2	4		
<i>El tesoro del pobre, t. 5.</i>	4	11	<i>Los chalecos de su excelencia, t. 3</i>	2	3	<i>Un agente de teatros, t. 1.</i>	2	4		
<i>El lapidario, t. 5.</i>	2	5	<i>Lino y Lana, z. 1.</i>	2	2	<i>Una venganza, t. 4.</i>	2	10		
<i>El guante ensangrentado, o. 3</i>	4	6	<i>Las hijas sin madre, t. 5.</i>	4	7	<i>Una esposa culpable, t. 1.</i>	2	5		
<i>El tio Carando, z. 1.</i>	2	6	<i>La Czarina, t. 5.</i>	2	6	<i>Un gallo y un pollo, t. 1.</i>	2	5		
<i>El corazon de una madre, t. 5.</i>	5	8								
<i>El último bufon, t. 2.</i>	5	11								
<i>El canal de S. Martin, t. 5.</i>	2	7								
<i>El renegado ó los conspiradores de Irlanda, t. 5</i>	2	7								
<i>El collar de perlas, o. 1.</i>	1	7								
<i>El bosque del ajusticiado, t. 5.</i>	2	3								
<i>El amor todo es ardid, t. 2.</i>	2	3								

Y las partituras:

El tio Caniyitas, 2.
La sal de Jesus! 1.
Es la Chachi, 1.
Lola la gaditana, 1.
La gitana de Madrid, 1.
Jocó ó el orang-után, 2.